

CRISTIANIDAD

SU SANTIDAD JUAN XXIII ANUNCIA TRES ACONTECIMIENTOS DE LA MÁXIMA IMPORTANCIA:

Un Concilio Ecuménico para la Iglesia Universal.

Un Sínodo diocesano para la Urbe.

***La puesta al día del Derecho Canónico,
previa promulgación del Código de Derecho Oriental.***

In occasione della visita compiuta ieri domenica nella Patriarcale Basilica Ostiense, il Sommo Pontefice Giovanni XXIII, dopo avere assistito alla Cappella Papale, ha tenuto nel Monastero di San Paolo una Allocuzione agli Em.mi Signori Cardinali che erano intervenuti al solenne Rito.

Sua Santità Si è soffermato su alcuni punti di attività apostolica più importanti, suggeriti dalla esperienza di questi primi tre mesi di Pontificato e riguardanti le Sue responsabilità di Vescovo di Roma e di Pastore Supremo della Chiesa Universale.

Come Vescovo di Roma, il Santo Padre ha rilevato il grande sviluppo avuto dalla città in questi ultimi decenni ed i gravi problemi che sono connessi con l'assistenza spirituale della popolazione.

Come Pastore Supremo della Chiesa, ha accennato ai pericoli che oggi maggiormente minacciano la vita spirituale dei fedeli, cioè gli errori che qua e là serpeggiano e le smodate attrattive dei beni materiali, accresciute, oggi più che mai, col progresso della tecnica.

Per andare incontro alle presenti necessità del popolo cristiano, il Sommo Pontefice, ispirandosi alle consuetudini secolari della Chiesa, ha annunciato tre avvenimenti della massima importanza, e cioè: un Sinodo Diocesano per l'Urbe, la celebrazione di un Concilio Ecumenico per la Chiesa Universale, e l'aggiornamento del Codice di Diritto Canonico, preceduto dalla prossima promulgazione del Codice di Diritto Orientale.

Per quanto riguarda la celebrazione del Concilio Ecumenico, esso, nel pensiero del Santo Padre, mira non solo alla edificazione del popolo cristiano, ma vuol essere altresì un invito alle Comunità separate per la ricerca dell'unità, a cui tante anime oggi anelano da tutti i punti della terra.

Reproducción de L'OSSERVATORE ROMANO del 26-27 de enero de 1959

N.º 336 - AÑO XVI

1 y 15 FEBRERO 1959

Depósito legal. B. 15.860 - 1958

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LA
DEVOCION A LOS SAGRADOS
CORAZONES DE JESVS Y MARIA



SVMARIO

| | <u>Págs.</u> |
|---|--------------|
| EDITORIAL | |
| <i>El santo Concilio Ecuménico</i> | 159 |
| S. S. JUAN XXIII | |
| <i>Confidencias paternas</i> , por Juan de Arias, M. S. C. | 160 |
| IGLESIA TARRACONENSE | |
| <i>Carta de S. S. el Papa al Cardenal Arzobispo de Tarragona con motivo del XVII Centenario del martirio del Obispo S. Fructuoso y sus Diáconos</i> | 162 |
| <i>Los primeros mártires del Cristianismo en España</i> , por el Doctor J. M. Font Rius, Decano de la Facultad de Derecho de Barcelona. | 163 |
| IGLESIA DEL SILENCIO | |
| <i>Diez años de persecución religiosa en Rumania</i> , por Francisco Pall, S. I. | 165 |
| IGLESIA LUSITANA | |
| <i>Pastoral Colectiva del Episcopado Portugués: La Iglesia, La Acción Católica y los seglares católicos ante la política</i> | 168 |
| FILOSOFIA | |
| <i>Meditación tomista</i> , por el Dr. Jaime Bofill, Catedrático de Metafísica. | 173 |
| <i>Aspectos de una «puntualización» de la polémica sobre Ortega</i> , por Francisco Hernanz, Catedrático de Filosofía | 174 |
| <i>Empobrecimiento unamuniano de la esencia del cristianismo</i> , por el Dr. Luis Cuéllar Bassols, Catedrático de Filosofía | 176 |
| DE CORDE IESU | |
| <i>La Carta Magna del culto al Sagrado Corazón de Jesús</i> , por Roberto Cayuela, S. I. | 178 |
| POLITICA | |
| <i>Comunismo y dólares</i> , por Fernando Serrano | 180 |
| <i>Inmigración en Israel</i> , por Florencio Arnán | 182 |
| MASONERIA | |
| <i>La Iglesia y la masonería</i> , por José Munera, S. I. | 184 |
| LETRAS | |
| <i>Notas Bibliográficas</i> | 18 |

El Santo Concilio Ecuménico

En su primer discurso, el 29 de octubre pasado, en el acto mismo de la clausura del Cónclave, el nuevo Vicario de Cristo, Juan XXIII, al tomar sobre sí la pesada carga del Supremo Pontificado, después de abrazar «con ardiente y paternal amor, tanto a la Iglesia occidental como a la oriental», se dirigió a los hermanos separados de la Sede Apostólica donde Pedro vive en sus sucesores, con estas palabras:

A éstos abrimos nuestra alma más amorosamente y extendemos nuestros brazos abiertos. Al abogar por su retorno a la casa del Padre común, repetimos aquellas palabras del Divino Redentor: «Padre Santo: No te olvides de aquellos que me has dado. Pueden ser lo mismo que nosotros somos. Así, pues, habrá un solo rebaño y un solo pastor.» Rezamos a Dios para que puedan venir todos jubilosos y libremente y para que ocurra esto muy pronto, con la inspiración y ayuda de la gracia divina. No encontrarán una casa extraña, sino la suya propia, que ya en tiempos remotos fué hecha esplendorosa por la famosa sabiduría de sus antepasados y adornada por sus virtudes.

Pocos días después, en la homilía pronunciada en la ceremonia de su coronación, insiste el nuevo Pontífice en este su grande anhelo y glosando la imagen del Buen Pastor hace suyas aquellas palabras de Cristo: *Tengo también otras ovejas que no son de este redil, y es preciso que las busque, y oirán mi voz y se hará un solo rebaño y un solo pastor.* (Jo. 10, 16).

Pasan los días, pero esta idea persiste y se afirma en la mente y el corazón del Papa. Así, en el radiomensaje de Navidad, recordando la esterilidad de pasadas tentativas de algunos representantes de las iglesias «ortodoxas» del Próximo Oriente, para un entendimiento entre varias confesiones cristianas de diverso rito y de diversa historia, dice:

La tristeza de esta dolorosa comprobación no detiene, ni detendrá, confiamos en Dios, el esfuerzo de nuestra alma para proseguir la invitación amorosa a aquellos nuestros queridos hermanos separados que, porque llevan en la frente el nombre de Cristo y leen su Evangelio santo y bendito, no son insensibles a las inspiraciones de la piedad religiosa y de la caridad benéfica y bienhechora.

Y añade: *Recordando las palabras de tantos predecesores nuestros que, desde la cátedra apostólica, extendieron — desde el Papa León XIII hasta Pío XII, pasando por San Pío X, Benedicto XV y Pío XI — la invitación a la unidad, nos permitimos — «quid dicimus», ¿nos permitimos? — pretendemos seguir humilde, pero fervientemente, nuestra tarea, a la que nos espolean la palabra y el ejemplo que Jesús, el Buen Pastor divino, continúa dándonos al mirar las mieses que blanquean sobre vastos campos misioneros: «Et illas oportet me adducere..., et fiet unum ovile et unus pastor», y en el clamor elevado a su Padre en las últimas horas, en la inminencia del supremo sacrificio: «Pater, ut unum sint; sicut ut Pater in me, et ego in te; ut et ipsi in nobis unum sint, et credat mundus quia tu me misisti». (Jo. 17, 21).*

Y sólo un mes después, el 25 de enero último, fiesta de la Conversión del Apóstol de las gentes, al final de la Capilla Papal celebrada en la basílica de San Pablo extramuros, S. S. Juan XXIII anuncia a los Cardenales presentes la gran noticia del futuro Concilio Ecuménico, que mira no sólo a la edificación del pueblo cristiano, sino que quiere ser también una invitación a las comunidades separadas para buscar la unidad que tantas almas de todos los puntos de la tierra anhelan hoy.

* * *

La historia de los Concilios es, de alguna manera, la historia de los grandes problemas de la humanidad: desde el de Nicea, que afirma la divinidad del Hijo ante aquel paganismo que en sus estertores quería inocularse en la misma Iglesia, hasta el del Vaticano que, ante el escepticismo moderno, levanta la bandera de la infalibilidad pontificia.

Uno de los problemas más graves, quizás el mayor y más característico de nuestro siglo, es el de la trágica lucha por la unidad del mundo. Lucha que abarca todos los campos, el político, el militar, el económico, el cultural, etc., porque todos ellos, por cerrados y limitados que parezcan, tienen hoy, evidentemente, una transcendencia e interdependencia de alcance mundial.

El mundo va ciertamente hacia una unidad. Pero, ¿cuál será la base espiritual de esta futura unidad? ¿O será, quizás, una base exclusivamente materialista?

Esta base puede ser, sin duda, el Cristianismo; mas, no tanto por haber sido el fundamento espiritual de la unidad de Europa o de Occidente, como por su fuerza sobrenatural, divino, que no conoce senectudes ni ocasos.

Pensad — dice el Papa — cómo la perfecta unidad de la fe y la actuación práctica de la doctrina evangélica sería tranquilidad y alegría del mundo entero, en la medida en que es posible sobre la tierra. Y no sólo para servicio de los grandes principios de orden espiritual y sobrenatural que atañen a cada uno de los hombres con miras a los bienes eternos, de que el

Cristianismo fué portador en el mundo, sino también de los más seguros elementos de prosperidad civil, social y política de cada nación (x).

De ahí la importancia que, tanto para los bienes eternos como para los temporales, tiene la unidad de todos los cristianos, cuya desunión es contraria a la felicidad y al bienestar del mundo, concebido por Jesucristo como un solo rebaño bajo la guía de un solo pastor.

El mejor servicio para la unidad cristiana del mundo es, pues, según la mente del Papa, procurar la unidad católica de los cristianos.

A ello se encamina el próximo Concilio Ecuménico, que saludamos, desde ahora, con nuestros votos, oraciones y esperanzas.

(x) De la Homilía del Papa en la basílica de San Pablo, el 25 de enero último.

CONFIDENCIAS PATERNAS...

Entró por su propio pie en la sala del trono. De prisa. Detrás, medio corriendo, el Maestro de Cámara. Tuve la impresión de sentirme ante Pío X resucitado. Un aire bonachón, sencillo... de sacerdote santo. Y aquella sonrisa que espejaba su alma enormemente grande.

Se sentó, sin más protocolos, en la silla del trono y nos envolvió con su mirada paternal, acariciándonos de nuevo con una sonrisa que sabía a tantas cosas buenas y llegaba al alma.

Se encontraba ante un número reducidísimo de nuevos sacerdotes. Mi poca barba permitió a un amable Monseñor de Secretaría de Estado introducirme entre aquellos "curitas", acosado por mi enorme deseo de recibir la bendición de Juan XXIII a mi paso por Roma. Era la mañana del 22 de diciembre; lunes.

Sin pretenderlo, asistiría a una audiencia excepcional de Su Santidad. Mi alegría sería inmensa.

"Esperaba — comenzó el Papa poco más o menos — encontrarme solamente con un grupo de sacerdotes recién ordenados y veo que os acompaña alguno de vuestros familiares. De todos modos los voy a considerar como íntimamente ligados a vosotros y os diré igualmente cuanto pensaba deciros, casi en confesión, al oído de cada uno de vosotros, mis hermanos en el Sacerdocio."

Y comenzó a narrar su vida. La impresión que causaba era la del padre que, en torno al hogar, embelesa a sus hijos con un cuento de esos que sólo los padres saben contar y los hijos escuchar...

Hasta llegar al sacerdocio, su vida había transcurrido — según él — en una normalidad rayana en vulgaridad. Recalcaba machaconamente que no era más que el hijo de un campesino. Un seminarista de tantos.

Recibió el sacerdocio en Roma donde había cur-

sado sus últimos estudios. "Aquella misma mañana los ocho o diez sacerdotes recién ordenados fuimos recibidos en audiencia privada por Pío X." — Y aquí subrayó cómo entonces era más fácil llegar hasta el Papa. Fué sólo a partir de Pío XII cuando esto resultó un problema, porque Pío XII tuvo el mérito de "atraer la mirada de todo el mundo hacia la figura del Vicario de Cristo".

"Cada uno — continuó el Papa — dijimos a trompicones aquellas frases que llevábamos preparadas. Al acercarse nos dijo: "Os bendecimos especialmente para que podáis hacer mucho por la Iglesia". Cuando hubo terminado volvíase de nuevo hacia nosotros inesperadamente y preguntó: "¿Dónde pensáis celebrar vuestra primera Misa? — En la "Assunta", Santidad. ¡Oh, la Asunción, la Virgen!, y estaba como iluminado. Ni aún ahora sabemos el por qué de aquella evocación tan misteriosa a la Virgen."

Transferido al Seminario llegaba en un momento oportuno. Se buscaba aquel día uno que hiciese un fervorín a los seminaristas. El P. Espiritual recurre al Reverendo Roncalli: "Yo comencé a temblar e intenté declinar la invitación. Pero el P. Espiritual se hizo fuerte: Tome la Imitación de Cristo. Ábrala al azar y sin más preparación comente, tal como se lo dicte el corazón, el pasaje que le caiga en suerte."

El buen sacerdote obedece y la fortuna — ¡providencia! — le depara el cap. XXIII del L. III: "De quatuor magnam importantibus pacem", "Cuatro cosas que se requieren para obtener una gran paz":

"Procura, hijo, hacer más bien la voluntad de los otros que la tuya. Elige siempre tener menos que más. Busca siempre el lugar inferior y el estar sometido a todos. Desea siempre y ruega para que la voluntad de Dios se cumpla en ti íntegramente."

Después de haber leído estas palabras intenta co-

mentarlas lo mejor posible. Pero el Señor le esperaba en ellas: "Fueron para Nos una verdadera revelación, un verdadero aldabonazo, "un vero colpo al cuore". Tanto nos impresionaron que por la tarde Nos sentimos impelidos a ponernos en oración. Nos sentimos recogidos de una forma especial como nunca lo habíamos estado (y diciendo estas palabras hacía un gesto muy expresivo que recordaba la imagen del erizo en la exposición que Santa Teresa hace de los primeros atisbos de oración sobrenatural o mística). Nos sentíamos impresionados y felices como nunca. Estando así nuestro Ángel Custodio Nos dijo estas palabras: "Sé fiel a estas cuatro cosas y serás siempre fiel." Más impresionados aún y llenos de agradecimiento al Señor elevamos esta oración: "Oh, Señor, hasta ahora me has concedido la gracia singular de la pureza. Hazme ahora fiel a estas cuatro cosas y lo tendré todo resuelto."

Al llegar aquí Juan XXIII hace una pausa como regustando en su interior pasados momentos de esas experiencias que llenan el alma y no se olvidan jamás por ser divinas... Nos envolvió de nuevo en una amplia mirada y continuó: "*Mis queridos hermanos en el sacerdocio, con el corazón en la mano, os podemos asegurar que en los 54 años de nuestro Sacerdocio el Señor nos ha hecho siempre fieles a estas cinco cosas.* Ello ha constituido la fuente de nuestra felicidad, de nuestra paz imperturbable incluso cuando a 54 Cardenales se les ocurrió elevarnos a la Cátedra de S. Pedro" (y al decir esto sonreía bondadosamente como para romper un poco la tensión espiritual en que nos tenía a todos).

Acababa de abrirnos una ventana de su alma. A través de ella pudimos enterarnos de las primicias de sus gracias místicas. Precisamente antes de contarnos lo ocurrido con el famoso cap. XXIII de la Imitación nos hab:a hecho notar que en aquellos días leía las "Florecillas" de S. Francisco de Asís y que le entusiasaban aquellas escenas del "Poverello" extático, elevado en el aire en medio del bosque, perdida su

alma en las embriagueces espirituales de un Dios tocado...

Nos confesaba su pertenencia a esa legión de vir-

genes de las que dice S. Juan que acompañarán siempre al Cordero Inmaculado llevando escrito su nombre en la frente y entonando un canto que ellos sólo saben...

Y por último su humildad profunda y su fidelidad constante a la voluntad de Dios a lo largo de su Sacerdocio.

Ante aquella constatación, sentí nacer, espontáneo, en mi alma, un himno de gratitud al Espíritu Santo por habernos dado otro Papa Santo.

A más de un lector extrañarán estas confidencias del Papa a un grupo de sacerdotes recién estrenados. Pero fué él mismo quien, adivinando nuestra sorpresa, se adelantó a decir: "Ya sé que no se debe hablar nunca de sí mismo. Pero yo he querido deciros todo esto como un padre a sus hijos para mostraros el camino de la felicidad y de la verdadera paz. El deseo de que este cap. XXIII sea también para vosotros una revelación me ha movido a haceros esta confidencia.

Si queréis, pues, ser felices: Más aún, si queréis llegar a ser Papa y mandar en 54 Cardenales — y sonreía de nuevo —, leed esta tarde este cap. XXIII, ante el Sagrario, y pedid a vuestro ángel de la guarda que os haga fieles a él."

Y, ya de pie y como recogiendo toda su dignidad para dar más peso a sus palabras exclamó: "Y no olvidéis nunca la pureza. Es como el aire que respiramos. Sin pureza no haréis nada." Y sus gestos y palabras tenían un marcado acento de tristeza.

Se despidió, también sin protocolo, después de habernos impartido su Bendición y de haber hecho un pacto con los nuevos sacerdotes: Él rezaría aquella tarde un rosario por ellos y ellos rezarían otro por Él. "Sí, rezad mucho por mí. Me queda muy poco de vida y no quisiera que por encontrarme ahora en medio a tantas nuevas obligaciones viniese a olvidarme de lo principal y de lo único que siempre he deseado: el Cielo. Y lo señalaba con la mano izquierda con un gesto lleno de un deseo inmenso de poseerlo."

Y sin más abandonó la sala después de habernos sonreído por última vez.

Al salir advertí que muchos se enjugaban las lágrimas.

JUAN DE ARIAS, M. S. C.

El 24 de este mes de febrero se cumple el aniversario de la muerte del P. Ramón Orlandis S. I. (q. e. p. d.). Rogamos a nuestros lectores una oración por el que fue fundador de SCHOLA CORDIS IESU, maestro e inspirador de CRISTIANDAD.

Carta de S. S. el Papa al Cardenal Arzobispo de Tarragona con motivo del XVII centenario del martirio del Obispo San Fructuoso y sus diáconos

A nuestro querido hijo el Cardenal Benjamín de Arriba y Castro, Arzobispo de Tarragona.

Con íntima satisfacción hemos recibido las noticias que vuestra eminencia nos ha comunicado referentes a la próxima celebración del diecisiete centenario del martirio del Obispo San Fructuoso y de sus diáconos Augurio y Eulogio, glorias de la antigua Iglesia tarraconense, a quienes, merced al celo y a las acertadas disposiciones de vuestra eminencia, quiere honrar esa sede metropolitana con esta conmemoración.

Entre los muchos actos que durante el año centenario van a recordar al clero y a los fieles la importancia de este acontecimiento, queremos que figuren unas palabras nuestras para manifestar el interés del Vicario de Cristo por estas solemnidades y el vivo deseo de que saquen de ellas el mayor fruto espiritual.

Tiempos en extremo difíciles para la religión fueron los de estos santos mártires. Aquella pequeña grey, en medio de un mundo pagano, vivía una vida nueva, la vida de unión con Dios, bajo la vigilancia y dirección de su Obispo y de los ministros del Santuario. Pero un día la persecución truncó la existencia de aquellos ilustres varones, que, derramando su sangre por Cristo, dieron testimonio de su acendrada fe, dejando tras sí un ejemplo heroico.

Ésta es la gran lección que esos buenos hijos no deben nunca olvidar. No faltarán ocasiones en las que el cristianismo ha de estar dispuesto a ofrecer su vida en defensa de su fe. Pero, además de estos graves momentos, hay en nosotros una lucha cotidiana para poder obrar según las normas de nuestra sacrosanta religión, para conservar la vida de la gracia, para cumplir las obligaciones propias de nuestro estado, para ser justo y caritativo con el prójimo, en la que tenemos que probar la fortaleza de nuestra fe, haciendo que ella influya e inspire nuestros actos. Éste es el valor que exige de nosotros la religión y ésta es la necesidad que nos incumbe de confesar a Cristo incluso en las acciones pequeñas.

Todavía están recientes los sufrimientos de los sa-

cerdotes, religiosos y seculares que en esa archidiócesis — igual que en toda la católica nación española — dieron pruebas del amor que tenían a su fe y de la poca estima de las cosas terrenas. Por eso nos ha sido muy grato saber que en la peregrinación que se prepara para visitar la iglesia de San Fructuoso de Capodimonte y la Ciudad Eterna traerán los procesos canónicos de estos siervos predilectos de Dios para someterlos al juicio de la Santa Sede. El ejemplo de ellos, como el de los mártires hoy conmemorados, será la llama que avive el fervor de esa amada grey en una vida constantemente piadosa.

Una garantía, a la vez que prueba de ello, podemos tenerla en la santa misión recientemente predicada para disponer los generosos corazones de esos cristianos: en los actos de culto que van a tener lugar; en las conferencias que han de ilustrar este período de la historia tarraconense. Todo ello contribuirá a fomentar un encendido amor a la Iglesia, la más solícita madre; a la Jerarquía, que, incluso con riesgo de su propia vida, guía a sus ovejas por los caminos de lo sobrenatural; a la fe que profesamos, compadeciéndonos de los que aún están en las tinieblas del error, orando por ellos y ayudando a los misioneros del mundo infiel.

Que el Señor, en su amorosa providencia, vele con predilección por esa archidiócesis y fomente en los fieles cada vez más el espíritu de una profunda religiosidad, para que con la intercesión de la Santísima Virgen, Reina de los Mártires, puedan actuar siempre estos sentimientos de fe tan necesarios en todas las vicisitudes en que se encontraren.

Con estos paternos deseos le expresamos muy gustosos, señor Cardenal, nuestra viva complacencia por la prudencia y empeño con que ha ordenado cuanto se refiere a este centenario. A vuestra eminencia, a las autoridades, al clero y a toda esa amada grey les otorgamos de todo corazón una especial bendición apostólica.



LOS PRIMEROS MARTIRES DEL CRISTIANISMO EN ESPAÑA

Con ocasión del XVII Centenario que está celebrando la Iglesia Tarraconense nos complacemos en reproducir a continuación el artículo del Dr. J. M. FONT RIUS, Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Barcelona que apareció en el número 8 de CRISTIANDAD

La ciudad de Tarragona tiene la honra de haber dado los primeros mártires del Cristianismo en nuestra patria. Allí donde precisamente había tenido origen el culto al Emperador de Roma, fué donde se encendieron las primeras hogueras para consumir el glorioso sacrificio que de sus vidas hicieron al verdadero Dios los jefes de aquella comunidad nacida en el seno de la gran urbe provincial. El Obispo San Fructuoso y sus diáconos Augurio y Eulogio morían en las llamas del anfiteatro de Tarragona, a mediados de enero del año 259 de la Era del Señor.

Fundada esta ciudad, como colonia, en los inicios de la dominación romana en la Península, fué en seguida capital de la extensa provincia Citerior o Tarraconense, puerto natural de entrada del romanismo en España, y, por sus envidiables condiciones geográficas, lugar escogido para goce y solaz de los Emperadores. Fué Tarragona el foco principal de la romanización española. Y fué también la cuna de aquel culto tributado al Emperador, que representaba un homenaje y adulación de las provincias del Imperio al dueño del mundo. Allí se levantaron los primeros templos, allí se reunieron las primeras asambleas para celebrar los obsequios y sacrificios a la imagen augusta que luego se difundirían por todo el ámbito del Imperio.

Pero también allí predicó un día el nuevo Evangelio el Apóstol de las gentes, y su semilla no debió caer a la vera del camino. Cuando, a mediados del siglo III, arreció en las tierras hispanas el primer vendaval persecutor, la cristiandad tarraconense era ya floreciente, y pudo dar al mundo un magnífico ejemplo de la fortaleza en la fe. No hubo allí que lamentar la debilidad y cobardía de algunos fieles de Astorga y Mérida, que, con sus obispos al frente — Basíledes y Marcial —, habían simulado años antes un acatamiento a los ídolos, para obtener el *libelo* que los ponía a salvo de ser perseguidos y castigados por desobediencia al edicto de Decio. Ahora, en la nueva persecución ordenada por Valeriano, los mártires de Tarragona, los primeros mártires atestiguados en España, dieron ejemplo magnífico de su fidelidad a la fe de Cristo.

Un documento, de los más auténticos, ha hecho llegar hasta nosotros el relato del proceso y martirio de los tres Santos de Tarragona. Es una de las *Actas proconsulares*, las que contenían los procesos verbales oficiales, que solían guardarse en los archivos del proconsul. Y hay argumentos de diversa índole en confirmación de esta autenticidad, como son el *Himno VI* de Prudencio, cuyo contenido revela ser escrito a la vista de aquellas *Actas*, y el testimonio de San Agustín que, en uno de sus sermones, da cuenta de la lectura

hecha a los fieles de aquel relato, citando textualmente palabras y frases del mismo. La sublime sencillez de aquellas *Actas*, en que palpita la emoción augusta de tan insignes hechos, a la luz de la verdad más patente, nos demanda trasladarlas aquí con la mayor fidelidad en su traducción castellana.

“Siendo Emperadores Valeriano y Galieno, y cónsules Emiliano y Baso, el diecisiete de las Calendas de Febrero (16 de enero), un domingo, fueron presos Fructuoso, Obispo; Augurio y Eulogio, diáconos. Descansando Fructuoso en su aposento, se dirigieron a su casa seis soldados de los que llaman beneficiarios, a saber: Aurelio, Festucio, Elio, Polencio, Donato y Máximo. Habiendo oído Fructuoso sus pisadas, se levantó al punto y les salió al encuentro en sandalias. Dijéronle los soldados: “Síguenos; el presidente te llama a ti y a tus diáconos.” Respondióles el Obispo Fructuoso: “Vamos; pero, si me permitís, me calzaré antes.” Dijéronle los soldados: “Cálzate a tu gusto.” En seguida de llegar, fueron metidos en la cárcel. Fructuoso, loco de contento en vista de la corona que el Señor le preparaba, oraba sin interrupción. Acompañábase la comunidad de los hermanos, consolándole y rogándole que no se olvidara de ellos.

“Al día siguiente, bautizó en la cárcel a nuestro hermano Rogaciano. Estuvieron en la prisión seis días y comparecieron el doce de las Calendas de febrero (21 de enero), un viernes, sufriendo el siguiente interrogatorio:

“El presidente Emiliano, dijo: “Comparezcan Fructuoso, Obispo; Augurio y Eulogio.” “Aquí están”, respondieron los *oficiales*. “¿Conoces las órdenes de los Emperadores?”, preguntó al Obispo Fructuoso el presidente Emiliano. “No las conozco — repuso el Obispo Fructuoso —; pero en todo caso, sabed que soy cristiano.” “Pues han mandado adorar a los dioses”, dijo el presidente Emiliano. “Yo no adoro más que a un solo Dios, que hizo el cielo y la tierra, el mar y cuanto en ellos hay”, replicó el Obispo Fructuoso. “Pero, ¿no sabes que hay dioses?”, volvió a decir Emiliano. “No lo sé”, contestó Fructuoso. “Pues pronto lo sabrás”, repuso Emiliano. El Obispo Fructuoso levantó los ojos al cielo y empezó a orar dentro de sí. “Entonces — continuó Emiliano —, ¿quién será escuchado, temido y adorado si se rehusa el culto a los dioses y la adoración a los emperadores? — Volviéndose luego hacia el diácono Augurio, le dijo: — No hagas caso de las palabras de Fructuoso.” “Yo adoro también al Dios omnipotente”, contestó Augurio. “Y tú, Eulogio, ¿adoras quizá a Fructuoso?”, preguntó el presidente Emiliano. “No hay tal. Yo no adoro a Fructuoso, sino a Aquel a quien Fructuo-

so adora”, respondió el diácono Eulogio. Volviéndose de nuevo Emiliano al Obispo Fructuoso, le interrogó: “¿Eres Obispo?” “Sí, lo soy”, respondió Fructuoso. “Lo fuiste”, repuso Emiliano, y firmó la sentencia, condenándoles a morir quemados vivos.

”Al ser conducidos al anfiteatro, lloraba todo el pueblo, porque el santo Obispo era muy querido, no solamente de los hermanos, sino también de los gentiles, pues era tal cual lo exige el Espíritu Santo por boca de aquel vaso de elección y doctor de las gentes, San Pablo. El dolor de los hermanos estaba por este motivo mezclado de alegría, sabiendo que iba a recibir el galardón de una gloria muy grande. Un numeroso grupo, movido por la caridad fraterna, le sofreció un vaso de ciertas mixturas para que lo bebiesen; pero Fructuoso les dijo: “Aun no es hora de romper el ayuno.” Es de advertir que entonces era la hora cuarta, es decir, las diez de la mañana, y el ayuno no cesaba hasta la hora nona, o sea a las tres de la tarde. Ya el miércoles había celebrado solemnemente en la cárcel el ayuno, y el viernes, alegre y confiado, se preparaba a terminarlo con los mártires y profetas en el Paraíso que Dios preparó para los que le aman.

”Luego que hubo llegado al anfiteatro, se le acercó Augustal, lector suyo, pidiéndole, con lágrimas en los ojos, que le permitiera descalzarle. Pero el Mártir le contestó: “Déjame, hijo, yo me descalzaré, y con tanta más fortaleza y alegría, cuando que estoy cierto de que se van a cumplir en mí las promesas del Señor.” Descalzóse, pues, por sí mismo.

”En seguida se le acercó nuestro hermano y comilitón Félix, y, cogiéndole la mano derecha, le rogaba encarecidamente que se acordase de él; a lo que el Santo repuso con voz clara, que todos pudieron oír: “Yo debo de acordarme de toda la Iglesia Católica, esparcida de Oriente a Occidente.”

”Estando ya a la puerta del anfiteatro, próximo a entrar a recibir, más que la pena, la corona inmarcesible, en presencia de los soldados beneficiarios de que antes hicimos mención, hablando movido por el Espíritu Santo, dijo a nuestros hermanos, con voz que todos pudieron oír: “No os faltará pastor, ni podrán salir fallidas la caridad y las promesas del Señor en este mundo y en el otro. Lo que veis, no es más que una hora de dolor.” Después de haber consolado a la comunidad de los hermanos, entraron a recibir su palma, habiéndose hecho dignos de sentir en el acto del martirio el fruto de la felicidad prometida en las Sagradas Escrituras. Fueron tres, como Ananías, Azarías y Misael, para que en ellos se palpara a la divina Trinidad; porque, envueltos en las llamas, no faltó la virtud del Padre, ni el socorro del hijo, ni la mitigación del fuego por parte del Espíritu Santo, que en él los acompañaba. Luego que se quemaron las cuerdas con que tenían atadas las manos, acordándose de la oración divina y en virtud de la costumbre arraigada, se pusieron gozo-

sos de rodillas con los brazos en cruz; y seguros de la resurrección, representando así como estaban en el triunfo del Señor, exhalaban sus almas en medio de plegarias.”

Indiscreto sería todo comentario a esta pieza llena de verdad y de fervor. Pero señalemos, de paso, la serenidad y fortaleza de ánimo que se descubre en Fructuoso, a través de su interrogatorio, sin altivez ni ostentación alguna: su amplia visión de la Iglesia universal, el cuerpo místico de Cristo, “*esparcida de Oriente a Occidente*”, y esta edificante unión y asistencia moral de la comunidad de fieles en torno a sus pastores, acompañándoles hasta el suplicio...

Bello nombre el de Fructuoso — como ha dicho un elegante escritor — y repleto de buenos presagios. Fué un grano de trigo caído en tierra buena, que dió el ciento por uno como en la lección evangélica de las cuatro semillas: el grano de trigo consumido en el surco que renace después, multiplicado, a la vida. San Fructuoso y sus dos diáconos abren el cortejo de aquella legión gloriosa de varones, doncellas y niños que, en años posteriores, al filo de la espada de Diocleciano y sus legados, regaron con sangre generosa el suelo de la nación Hispana: las Eulalias, los Vicentes, los Marceolos..., cumpliéndose también aquí la famosa sentencia de Tertuliano.

No se perdió con el tiempo el recuerdo de aquellos primeros mártires.

Su veneración en numerosos rincones y comarcas de nuestro país es atestiguada profusamente a través de toda clase de manifestaciones artísticas y de patronazgos sobre parroquias, monasterios y templos, llegando hasta tierras de Italia, donde fueron transportadas sus reliquias, a raíz de la invasión musulmana. La Abadía de San Fructuoso, de Camogli, cerca de Génova, fué el centro más importante de su culto durante la Edad Media, extendiéndose también a la vecina Francia, y aun a las nuevas tierras descubiertas en América. Y desde los inspirados himnos de Prudencio hasta los populares “Gozos” de nuestros tiempos, una corriente poética ha cantado con fervor la gloria de los tres mártires, invocándolos en toda suerte de necesidades. Bien podemos hoy elevar nuestra plegaria para que conserven la fe de su pueblo quienes fueron campeones esforzados de la misma en los albores de la su predicación, apropiándonos, para ello, la invocación final que un delicado poeta ha puesto en los “Goigs” que les canta su ciudad.

“Sants! El món cuida malvendre's
a una vida sense fre.
Conserveu amb vostres cendres
el caliu de nostra fe.
Una aureola divina
nimba el front dels vencedors,
Tarragona s'il-lumina
de les vostres resplendors.”

J. M. FONT-RIUS

DIEZ AÑOS DE PERSECUCION RELIGIOSA EN RUMANIA

Con el presente iniciamos la publicación de una serie de artículos escritos expresamente para **CRISTIANDAD** por el Jesuita rumano Padre Pall, que ha llegado hace poco de su desgraciado país.

"El criado no es más que el señor. ¡Si a mí me han perseguido también a vosotros os perseguirán! Todo esto lo padeceréis por mi nombre. Llegará tiempo en que quien os mate creará dar gloria a Dios."

Estas palabras pronunciadas por el que es la Verdad se cumplen punto por punto, hace diez años, en Rumania.

"La Transilvania rumana está en peligro.

"La tierra de la Transilvania rumana bebe de nuevo lágrimas y sangre.

"Los pastores y los hijos de la Iglesia rumana unida son perseguidos.

"Los obispos, algunos de ellos son encarcelados, otros, arrestados en sus domicilios, otros expulsados de sus residencias episcopales.

"Algunos sacerdotes son encerrados en celdas oscuras, torturados, cazados en sus casas...

"Las conciencias son violadas.

"Los cuerpos famélicos, descarnados, son torturados hasta el desfallecimiento.

"En el año 64 después de Cristo, los cristianos eran echados a los leones.

"En el año 1948, los rumanos unidos son echados al calabozo.

"El cuerpo de Cristo, en su Iglesia, empieza de nuevo su Pasión.

"Los obispos ortodoxos apresan entre sus brazos el botín conquistado por los ateos.

"Satán se ha hecho misionero de la ortodoxia.

"Nerón, el asesino de los cristianos, ha resucitado.

"¡Resucitad, mártires, con fe sólida!

"Los sin-Dios se han hecho apóstoles de la ortodoxia.

"El diablo nunca ha sido el apóstol de Dios.

"Puesto que se ha hecho apóstol de la ortodoxia, la ortodoxia no es de Dios.

"No abandonéis la fe de la Iglesia rumana unida...

"Cristo ha dado las llaves del Reino a Simón Pedro, es decir, al obispo de Roma. Quienes no estén en la barca que él conduce, jamás llegarán al reino de Dios.

"Donde está Pedro, allí está la Iglesia de Cristo, la salvación.

"Permaneced fieles a la Iglesia Católica de Roma para salvar vuestras almas."

Así resonaban la "Voz de Aquel que clama en el desierto", la voz de la jerarquía católica rumana de rito oriental en los albores de la persecución, en 1948.

El armisticio y sus consecuencias

El 23 de agosto de 1944 el ejército ruso invadió Rumania imponiéndole un armisticio sin condiciones.

En marzo de 1945, los rusos substituyeron al Gobierno de coalición que había firmado el armisticio, por el "Frente Popular", constituido por los elementos de izquierda.

En diciembre de 1947, el rey Miguel fué obligado a abdicar y abandonar el país.

Durante la primavera de 1948, el nuevo régimen dotó al país de una nueva Constitución modelada sobre la Constitución soviética y emprendió las reformas sociales y la construcción de la sociedad socialista.

Una de las primeras preocupaciones de los nuevos gobernantes, para los que, "Dios es una hipótesis inútil y nociva y la religión una especie de grosero aguardiente espiritual", fué abatir todos los obstáculos que se oponían a la consolidación del Régimen. Y fieles a las lecciones del marxismo leninista, vieron en la Iglesia Católica rumana de rito oriental el principal de esos obstáculos.

Un poco de historia:

El cristianismo rumano

El cristianismo, en Rumania, como en general entre los pueblos de la Europa oriental, es muy antiguo.

Los primeros elementos del cristianismo venidos de Roma penetraron en Dacia, la Rumania actual, en el año 106 después de J. C. cuando Trajano conquistó y colonizó las riberas norte del Danubio.

En vista de la riqueza de esta provincia y su situación geográfica, Trajano condujo allí colonos reclutados en distintas partes del Imperio.

Profundamente romanizada, la nueva Provincia se convirtió en un poderoso bastión que se oponía a las incursiones de los bárbaros. Hasta el año 270 la Dacia gravitaría en la órbita de la Roma imperial.

Entre los colonos establecidos por Trajano, había cristianos. Su presencia en la Dacia cristiana, antes de Constantino el Grande, es verificada por signos epigráficos. Por otra parte, los contactos frecuentes con la Iliria latina lograron sostener el cristianismo en esta región lo mismo que en la Dubruja, llamada entonces Scitia Menor, donde la influencia oriental se hacía sentir todavía más por su vecindad con las colonias griegas de la costa del Mar Negro.

En el siglo IV el cristianismo se extiende y se orga-

niza en Iliria al mismo tiempo que se afirma en Dacia, gracias a los misioneros enviados por los obispos danubianos, especialmente San Nicetas de Remesiana considerado como el apóstol de Rumania.

De esta vida cristiana primitiva se encuentran importantes vestigios en la Dubruja actual — antigua Scitia Menor —. Son conocidos ocho arzobispos de la villa de Toni, la actual Constanza, que están en relación no solamente con Constantinopla, nueva capital del imperio romano oriental, sino incluso con los papas de Roma.

Por otra parte, Remesiana, sede residencial de San Nicetas, fué puesta más tarde bajo la autoridad del arzobispo de Justiniana Prima y, por consiguiente, bajo la dependencia directa de la Santa Sede. Ha quedado igualmente una lista de los 65 mártires de Tomi. En más de treinta localidades de la región llamada entonces Scitia Menor existen antiguos monumentos cristianos.

Hasta fines del siglo VII, existe una vida cristiana romana en todo el valle del Bajo Danubio. Entre los obispos que se reunieron en el VII Concilio general de Nicea, celebrado en 787, se encuentra Ursus de Abritus, representante de la Scitia Menor.

La situación cambió casi inmediatamente al aposentarse los servios, y especialmente los búlgaros, al sur del Danubio.

Los rumanos, viviendo con estos pueblos, compartieron naturalmente su suerte. Cuando los búlgaros quedaron bajo la autoridad de Constantinopla, los rumanos les siguieron. Esto había de tener funestas consecuencias tanto desde el punto de vista religioso como cultural.

En efecto, a consecuencia de estos acontecimientos los rumanos salieron de la zona de cultura y civilización romana de occidente.

Después de la muerte de los dos apóstoles de los eslavos, San Cirilo (868) y San Metodio (885), sus discípulos, perseguidos en Bohemia y en Moravia, se refugiaron en Bulgaria donde fueron bien recibidos. Allí introdujeron en la Iglesia y en el Estado búlgaro la lengua eslavona y también el alfabeto cirílico.

A su vez los rumanos los recibieron de los búlgaros.

La lengua eslavona ha dominado en Rumania hasta el siglo XVII, y el alfabeto cirílico hasta 1866.

En cuanto a la organización eclesiástica, reconstituída después de las múltiples invasiones que el país vió desfilar, continuó dependiendo del patriarcado de Constantinopla.

Rumania fué entonces una de las Provincias de la Iglesia greco-eslava, aunque con numerosa población católica.

En los siglos XVI y XVII los sajones luteranos por una parte y los magiares calvinistas por otra, no muy numerosos pero influyentes en Transilvania, intentaron convertir a su confesión a los rumanos, que constituían la población más considerable en la región compren-

didada entre el Dnieper y el Tizza, los Cárpatos y el Mar Negro.

Los calvinistas imprimieron multitud de libros para los rumanos; al nombrar los obispos les imponían condiciones extremadamente humillantes, oprimían las conciencias de manera inicua, hacían de la Iglesia rumana un verdadero monstruo: Iglesia oriental en las formas exteriores, calvinista en el fondo.

En 1688, cuando Transilvania pasó a la dominación de los Hapsburgos, cambió el estado de cosas.

Como Rumania se hallaba situada en la "línea cristiana" establecida por el Papa para detener la difusión de la Reforma y también para echar a los turcos de Europa, procuraron dar alientos al elemento católico casi completamente aniquilado durante la larga e implacable dominación calvinista. También pensaron atraer al catolicismo a los rumanos ortodoxos.

La unión con Roma

De acuerdo con esta política religiosa el emperador Leopoldo I (1657-1705), que liberó Hungría y Transilvania del yugo de los turcos, el 23 de agosto de 1692 dió un decreto en virtud del cual los sacerdotes y los fieles rumanos gozarían de iguales derechos que los sacerdotes católicos, si consentían en confesar su misma fe.

Los rumanos observaron que la diferencia de trato entre los príncipes calvinistas y los católicos Hapsburgos era enorme; las proposiciones de éstos hábilmente presentadas por los jesuitas, fueron aceptadas.

Theofilo Seremi, noble de Tsius, fué el primer arzobispo que, en 1697, convocó, en Alba Iulia, un Sínodo para tratar de la unión.

Su muerte súbita, hizo pensar que había sido envenenado por los calvinistas.

Sin embargo, Athanase Anghel (1697-1713) que le sucedió, tomó a su cargo la empresa, y con valentía propuso su puesta en práctica. Éste en principio fué apoyado por los calvinistas, y como de costumbre, había sido consagrado obispo en Bucarest, pero al volver a su patria encontró que lo más importante era continuar la obra de unión iniciada por su antecesor Theóphilo.

Convocó dos Sínodos de unión: en 1698 y en 1706.

El último fué enteramente dirigido contra el parlamento provincial de Transilvania, cuya gran mayoría, entonces calvinista, no podía resolverse a ver cómo los rumanos se les escapaban para reunirse a los ¡"papistas"!

En este sínodo se redactó una importante profesión de fe que fué firmada por el obispo y por cincuenta y cuatro decanos representantes de mil quinientos ochenta y dos sacerdotes y aproximadamente doscientos mil fieles.

Este es sin duda alguna el acto más importante de todo el pasado del pueblo rumano.

He aquí su parte esencial:

"Nosotros, los firmantes, obispos, decanos y todo

el clero de la iglesia rumana de Transilvania, hacemos saber a quien de derecho pertenece y especialmente a los dignatarios del Estado del país de Transilvania que, teniendo en cuenta la inestabilidad de la vida humana, y la inmortalidad del alma por la que debemos tener el mayor cuidado, libremente, por nuestra propia voluntad e impulsados por el Espíritu Santo, nos hemos unido a la Iglesia romano-católica y a tenor de la presente confesamos ser sus miembros, recibiendo, confesando y creyendo todo lo que ella recibe, confiesa y cree, especialmente los cuatro puntos sobre los cuales hasta este momento parecían mantenernos separados."

Por este acto histórico todos los rumanos de Transilvania, con la selección del clero a su cabeza, se declaraban unidos a la Iglesia romana, anudando de nuevo, después de siglos de separación, los vínculos de fe y de amor con la Santa Sede, fundamento de la Iglesia.

El Patriarca de Constantinopla, el arzobispo de Valaquia y especialmente el obispo de Karlo-witz y sus monjes de Servia emprendieron una lucha encarnizada contra la unión.

Beneficiosos efectos de la unión desde 1700

Una vez superadas las dificultades de los comienzos, la Iglesia rumana unida hizo inmediatamente grandes progresos.

Se erigió en diócesis y, bajo la dirección de un obispo, se abrieron las primeras escuelas superiores para los rumanos de Transilvania. Estas escuelas fueron instaladas en la pequeña villa de Blaj, donde estaba igualmente la sede episcopal.

Por este motivo Blaj vino a convertirse en el primer centro de la cultura rumana.

Fué efectivamente en Blaj donde en mayo de 1848 los transilvanos, electrizados por el ejemplo de la Revolución francesa, tuvieron sus primeras sesiones y ha quedado como muestra de patriotismo, el Campo de la Libertad.

Es en esta ciudad, toda intelectual, donde se pule la lengua, librándose muy pronto de la doble hipoteca eslava y griega, y es donde crece y se confirma la conciencia rumana, mucho antes de la liberación de los principados (Moldavia y Muntenia) de la tutela otomana (1878).

Durante la primera guerra mundial estuvo al lado de los aliados.

Mientras que en Bucarest, la mayor parte del clero ortodoxo, conducido por el que debía convertirse en el primer patriarca de todo el país Miron Cristea, flirteaba con el ocupante, los greco-católicos miraban hacia Occidente y apoyaban resueltamente su causa.

Esta valiente actitud decidió a los Aliados a conceder a Rumania las ricas provincias de Bihor, de Salaj, de Maramure y de Banat, a pesar del espinoso problema húngaro y las presiones de Yugoslavia.

También recayó sobre un obispo católico unido, Mong. Hossu, el honor de entregar al rey en Bucarest, el acta de unión que consagraba, con la cesión de la Besarabia, la formación de la Gran Rumania.

Prestigio de la Iglesia unida

Aun siendo la religión de una minoría, el catolicismo unido gozó, en el seno del nuevo estado, de un inmenso prestigio.

Los mismos no católicos reconocían y apreciaban la importancia cultural de esta Iglesia.

Desde el siglo xvii, empezó a darse a sí misma una administración orgánica y aumentar poco a poco su influencia benéfica por estar unida al centro de la fe y de la unidad católica.

En 1948, cuando el régimen comunista la declaró "inexistente", la Iglesia rumana unida de rito oriental comprendía una silla metropolitana y cuatro diócesis sufragáneas, aproximadamente 1.562.000 fieles, distribuidos en 1800 parroquias con 1834 sacerdotes.

Las órdenes religiosas masculinas de rito oriental estaban representadas por los Basileos, Asuncionistas, Franciscanos, Jesuitas y Hermanos de las Escuelas Cristianas.

No había en Rumania más que dos órdenes religiosos femeninas de rito oriental: las Hermanas de la Madre de Dios, de Blaj, y la Congregación de Religiosas Contemplativas, en Moreni.

La Iglesia unida ejercía la más notable influencia sobre la opinión pública rumana por su prensa, que se componía de una veintena de revistas, tanto semanales como mensuales, y cinco imprentas que publicaban colecciones de libros apreciados y folletos religiosos.

Siempre en el cuadro de la Iglesia unida, se estaban organizando especialmente después de la primera guerra mundial, todas las secciones de Acción Católica. La víspera de su supresión la Acción Católica rumana de rito oriental comprendía 1.320 grupos de hombres con más de 460.000 miembros, 730 grupos femeninos con 340.000 miembros y 220 congregaciones marianas con 24.000 miembros.

Las relaciones de la Iglesia rumana de rito oriental con el Estado, antes de la ocupación comunista.

La Constitución de 1923 garantizaba la libertad de culto y reconocía a la Iglesia católica de rito oriental una cierta prioridad sobre los otros cultos.

El Concordato, establecido en 1.º de mayo de 1927 ratificada el 29 de mayo de 1929, decía en su primer artículo: "La religión católica, apostólica, romana, de todo rito, será practicada y ejercida libre y públicamente en todo el reino de Rumania".

Se puede por lo tanto afirmar que antes de la instauración del régimen comunista la Iglesia católica gozaba en Rumania de amplia libertad, que le permitía un desarrollo continuo y lleno de promesas.

PASTORAL COLECTIVA DEL EPISCOPADO PORTUGUES

LA IGLESIA, LA ACCION CATOLICA Y LOS SEGLARES CATOLICOS ANTE LA POLITICA

EL EPISCOPADO FIEL A LOS PRINCIPIOS DE INDEPENDENCIA Y COOPERACION ENTRE LA IGLESIA Y EL ESTADO - A LA JERARQUIA COMPETE PROCLAMAR LA DOCTRINA CATOLICA CON TODAS SUS EXIGENCIAS INDIVIDUALES, SOCIALES Y POLITICAS - LOS CATOLICOS SEGLARES DEBEN ENCARNAR ESTAS EXIGENCIAS Y EL ESTADO ESTRUCTURAR SUS INSTITUCIONES A LA LUZ DEL PROGRAMA SOCIAL CRISTIANO - LA ACCION CATOLICA NO SE CONFUNDE CON LA ACCION POLITICA O SOCIAL DE LOS CATOLICOS - LA INAUGURACION DEL MONUMENTO A CRISTO REY Y LA SOLEMNE CONSAGRACION DE PORTUGAL A LOS CORAZONES DE JESUS Y DE MARIA - LA CONSAGRACION SIGNIFICA EL RECONOCIMIENTO DE QUE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO ES EL REY DE LOS SIGLOS

I. Presencia de la Iglesia

1. Los Obispos de la metrópoli, reunidos en Conferencia plenaria, expresan los votos que hacen a Dios para que ilumine, guíe y conforte al Jefe de la nación portuguesa, para bien de todos los portugueses.

Al hacerlo, el Episcopado tiene conciencia de su independencia espiritual y es precisamente por imperativo del poder espiritual de que está revestido — y no sólo por devoción patriótica — por lo que rinde homenaje al Poder civil que Su Excelencia representa. Según el precepto del divino Maestro, tan fuertemente recomendado por San Pablo, es el propio poder espiritual el que obliga en conciencia a los cristianos a prestar respeto y obediencia a las autoridades legítimas, enseñando que todo poder viene de Dios.

2. El Episcopado ha puesto siempre empeño en tributar a las autoridades públicas la expresión de respeto que les debe, no dejando siquiera de tomar parte en las manifestaciones oficiales más representativas. Y estando los dos Poderes ordenados al bien de los mismos hombres, el Episcopado se precia en colaborar, sin confusión de competencias, con las autoridades civiles en aquellas tareas mixtas en que ambos se encuentran al servicio del bien común. Es este espíritu de independencia y cooperación el que le ha llevado directa o indirectamente hasta al otro Poder en respetuosas representaciones que interesan al bien religioso y moral. En todo esto procura ser fiel a los principios de independencia y cooperación que dimanaron del Evangelio y fueron solemnemente definidos por León XIII en la célebre encíclica "Immortale Dei".

3. No ha faltado quien, al considerar tal proceder, acuse a la Iglesia en Portugal de estar enfeudada en la situación política, olvidada de la pureza y libertad del mandato que recibió de su divino Fundador. Pero tampoco falta quien la acuse de no interponer su autoridad espiritual en favor de aquélla, en momentos de

crisis, a pesar de los reales beneficios hechos a la Iglesia. Acusación que resulta de una confusión: se confunde la misión propia de la Iglesia, situada en el campo religioso y moral, con una misión política de tutela sobre el Estado, o de subordinación al Estado, cualquiera de las cuales es contra la naturaleza de la Iglesia. En uno y otro caso, se "politiza", a la Iglesia y se "sacraliza" lo temporal.

4. Esto se hace más claro definiendo lo que se entiende por Iglesia, a la que se acusa de comprometida políticamente. Para tener sentido — no justificación — la acusación, será preciso desde ahora excluir de ella a los católicos seglares (salvas las restricciones impuestas a los dirigentes de la Acción Católica), que también son Iglesia, pero que en su cualidad de ciudadanos están situados en el terreno propio de lo temporal, al cual no pertenece el Poder espiritual. En este terreno, con tal que sean respetados los principios cristianos que informan toda la vida humana, especialmente la acción política y social, los católicos son libres y es de su entera iniciativa y responsabilidad la opción concreta tomada; pero los católicos no representan a la Iglesia en una actuación que no cae bajo su competencia.

En el caso de la acusación, se trata del Episcopado o de la Jerarquía eclesiástica o del Poder espiritual, al que compete la definición y defensa de la doctrina y acción religiosa y moral. Ahora bien, es al Poder eclesiástico al que incumbe, por fidelidad a su propia esfera de competencia, quedar fuera del terreno concreto, contingente, de las soluciones y opciones políticas. La Jerarquía traicionaría a la autoridad divina de que está revestida poniéndose al servicio de aquello para lo que no ha recibido, como sería culpable de negligencia o de falta de franqueza si dejase de predicar, prudente pero firmemente, la doctrina católica con todas sus exigencias en la vida individual, familiar, social, política y cultural.

5. Encarnar estas exigencias es obra y deber de todos los católicos empeñados en el trabajo histórico de la construcción del mundo a la luz del Evangelio. Pero en ello importa que nunca pierdan de vista de qué espíritu son. Obra de católicos, sólo puede ser realizada por procesos cristianos. Cuando el espíritu cristiano anima la conciencia, vale lo que enseña León XIII en la encíclica "Immortale Dei": "La conciencia entiende ser deber de justicia... obedecer constante y lealmente a la autoridad pública, no hacer nada con espíritu de sedición y observar religiosamente las leyes del Estado."

Es en la verdad, en el orden y en la paz donde se puede realizar la justicia sin causar injusticia, desarrollarse la libertad sin caer en el desorden, preparar el futuro sin sacrificar el presente, conservar el bien adquirido sin caer en el estancamiento.

Siempre estará latente en la conciencia cristiana la aspiración dinámica de crecimiento moral, social, político, cultural del hombre, esto es, la realización de un reino ideal de mayor justicia, libertad, fraternidad y paz.

Lo siente más el optimismo idealista de la juventud. Es tensión que hará progresar a la sociedad humana, si se trata de dirigir el rigor de la doctrina y la prudencia de la acción. Pero no está libre de enloquecer, provocando el desorden y la revolución, si se deja seducir por ideologías irrealistas que sustituye con castillos de ideas abstractas, si no de palabras, al trabajo paciente y humilde del avance social.

6. En la carta de Pío XI de 10 de noviembre de 1933, dirigida al Cardenal Patriarca para todos los portugueses, recomendaba el Papa "principalmente en favor de los más débiles" la empresa tan necesaria de salvaguardar los beneficios espirituales y temporales que la Redención de Cristo nos obtuvo. Era cruzada urgente demostrar con eficacia la falsedad de aquellos que osan decir que la Iglesia se alía con los ricos y desprecia a los pobres. La Iglesia es madre de ricos y pobres, y entre ellos sólo premia la virtud; a todos exhorta a que se amen fraternalmente; les propone una ley común de justicia y amor; condena la lucha de clases; pero, sin caer en un igualitarismo que no honrase las distinciones naturales y fecundas de la virtud, del saber, del mérito, de la gloria, de la función social, la Iglesia ama con predilección a los más humildes, a todos los que tienen hambre de pan o de justicia, en quienes ve la imagen del Señor. No sólo les lleva el mensaje redentor que da sentido a la vida, valora el sufrimiento, el amor al trabajo, la estima de la propia condición, el mensaje divino de la esperanza, de la alegría, de la paz, sino también les anima a bendecir toda obra de promoción humana exigida por este mensaje. Ella escucha ese grito que desde la tierra sube al cielo, como dijo Pío XII, en casi todo el mundo, de todos los que, en los medios urbanos o rurales, no tienen pan ni casa, así como el de todas esas fa-

milias para las que se hace heroico vivir según la ley de Dios.

7. La encarnación progresiva de estas exigencias habrá de ser la obra constante (nunca estará terminada) de la Iglesia enseñando en toda su dimensión y actualidad el Evangelio; y del Estado, estructurando las instituciones según las circunstancias históricas de su madurez, a la luz del programa social cristiano. Decir programa social cristiano no significa, de suyo, confesionalización del Estado, pues, como afirmó cierto ministro inglés en el Parlamento, el ideal cristiano consagra todo el programa verdaderamente humano, vale para todos los hombres.

Ya San Agustín, en la "Ciudad de Dios", mostró cómo la Iglesia servía al progreso de la sociedad. Ignorarla equivale a debilitar las raíces morales de la vida social. Es el bien común el que exige, en una mutua independencia y respeto, la colaboración de los dos Poderes, que tienen por sujeto la misma persona humana. León XIII lo expresó así en la "Immortale Dei": "Es necesario que haya armonía entre los dos Poderes, que, no sin razón, se compara a la del alma con el cuerpo."

II. Acción Católica

1. Celebrándose el veinticinco aniversario de la fundación de la Acción Católica en Portugal, el Episcopado de la metrópoli (y cree que podría añadir el de ultramar) se congratula por este feliz jubileo, que debe considerarse un capítulo de los más importantes de la historia contemporánea de la Iglesia en Portugal. Si no todo ha sido perfecto y si no hizo cuanto de ella se podría esperar, y no hay dificultad en reconocerlo, no es lícito, sin embargo, poner en duda que promovió una meditación de las exigencias de la fe católica en la vida de los fieles como todavía no se veía entre nosotros, con conferencias, cursos, retiros, publicaciones, asambleas, congresos, extendiendo su obra catequizadora a todos los medios sociales. Débesele la revelación para muchos del sentido de la Iglesia, de las responsabilidades de los cristianos en la vida de ésta y en la edificación cristiana de la sociedad, de la participación activa en el culto católico, de la formación de "élites" de cristianos conscientes y apostólicos.

2. La Acción Católica Portuguesa fué organizada obedeciendo a un mandato de Su Santidad el Papa Pío XI, dado para todo el mundo católico, como medio adecuado y oportuno (el Sumo Pontífice lo atribuía a una inspiración del divino Espíritu) de asociar a los fieles a la misión apostólica de la Iglesia, en esta época en que las fuerzas del error y del mal la atacan por todos los lados con modernos prestigios de seducción, incluso un ateísmo militante fuertemente organizado que pretende destruir la Iglesia y toda la vida cristiana, y en el que, por otro lado, la Iglesia carece en casi todas partes de sacerdotes y medios de acción e

influencia. En la carta de Pío XI al Cardenal Patriarca, de 10 de noviembre de 1933, el Papa declaró expresamente que “entre las múltiples formas de apostolado que están al alcance de todos, y ciertamente beneméritas todas ellas de la Iglesia, la Acción Católica es la que más apta y eficazmente acude y remedia las nuevas necesidades de nuestros tiempos”. Desde Pío XII (y ya antes) no hay casi documento pontificio relativo a la situación del mundo presente y a la necesidad de acción cristianizadora que no apele a la Acción Católica. El Papa Juan XXIII no lo ha olvidado con ocasión de su primer mensaje, apenas elegido.

3. La cooperación de los fieles en el apostolado jerárquico no es cosa nueva en la Iglesia, pues tiene su fundamento en el Bautismo, que nos convierte en miembros de la misma Iglesia, y en la Confirmación, que nos hace soldados de ella. Lo que es de algún modo nuevo es esta forma de apostolado colectivo y organizado, bajo la inmediata dependencia de la Jerarquía. La hicieron necesaria la extensión y la profundidad de la descristianización del mundo actual y la universalidad y la grandeza de la obra recristianizadora a emprender. Sin la organización del apostolado en la sociedad moderna, éste quedaría ineficaz. Impedirlo equivaldría a impedir el mandato del divino Maestro de llevar el Evangelio a todas las gentes. Como Pío XI recordó, “no hay iniciativa y actividad, desde las más espirituales y científicas hasta las más materiales y más mecánicas, que no tengan necesidad de organización y de actos que miren a la organización, y ni estos actos ni aquella organización se identifican con las finalidades de las diversas iniciativas y actividades, no son éstas sino medios para mejor alcanzar los fines que se propone cada una” (“Non abbiamo bisogno”, 29-VI-31). Esto vale especialmente para los tiempos actuales, en que sólo una acción común ordenada y amplia puede alcanzar resultados eficaces contra males generales y hasta internacionalmente organizados. La Acción Católica es, por ello, una necesidad vital y medio providencial para la Iglesia de hoy.

4. El fin que la Acción Católica se propone es el propio fin que se propone la Iglesia, esto es, la extensión del reino de Nuestro Señor Jesucristo en los individuos, en las familias, en la sociedad. Su fin no es terreno, sino espiritual. Hemos citado hasta aquí palabras de la carta de Pío XI al Cardenal Patriarca. Pero la base I de la Acción Católica Portuguesa recoge el mismo pensamiento, al definir la Acción Católica en los siguientes términos: “El conjunto de las organizaciones del laicado católico portugués, que se propone la difusión y defensa de los principios católicos en la vida individual, familiar y social, bajo la directa y entera dependencia de la Jerarquía y por mandato oficial de ésta.” Tales organizaciones no pueden, pues, sin confundir la misión espiritual de la Iglesia con la misión temporal, que pertenece al Estado, identificarse con un partido político, ni su acción con una acción

política: son diferentes los fines, el objeto y los medios de acción. De otra parte, la base IV de la Acción Católica, repitiendo la enseñanza constante de los Pontífices, válida no sólo para Portugal, sino también para todas las naciones, establece que “actuará fuera y por encima” de todas las corrientes políticas. El Cardenal Patriarca ha desarrollado recientemente, con claridad y precisión, este punto sobre la naturaleza y ámbito de la Acción Católica.

5. Importa no confundir las actividades de la Acción Católica con la acción política o social de los católicos. Ésta se sitúa en el terreno temporal, en el campo de la esfera civil. Entra en el área de las realizaciones concretas, contingentes, institucionales. Y, en cuanto acción de los católicos, debe estar informada toda ella por las exigencias de la doctrina católica. La Acción Católica formará católicamente a los ciudadanos, pero no asume las tareas que a ellos les incumbe como tales; éstas son de otra naturaleza. Y hasta es deber de los católicos estar presentes en el trabajo de la edificación de la ciudad, cooperando en la realización del bien común por los procedimientos cristianos del orden, de la prudencia, de la caridad, como insistentemente han recomendado los últimos Papas. En la ya citada carta de Pío XI, decía el Papa: “Es hasta un deber de caridad para con la patria interesarse por los negocios públicos y participar en sus cargos; por ello, cualquier ciudadano debe, conforme a sus posibilidades, atender al bien de la propia nación. Y cuando tal participación estuviere inspirada en los principios de la doctrina cristiana, no dejará de contribuir al provecho de la vida religiosa y civil.” Los miembros de la Acción Católica, que pueden libremente disentir en las opciones temporales legítimas (dentro de la Acción Católica ellos sólo se agrupan en el terreno religioso y moral), actuarán en aquella labor de orden temporal, esto es, político, económico, social y cultural, a título personal, bajo su exclusiva personalidad, sin mandato ni representación de la Acción Católica y, por tanto, de la Iglesia. Y, para mayor independencia de ésta, a semejanza de lo que está recomendado al clero, sus dirigentes, según el número 3 de la base I, no deben siquiera ejercer actividades políticas incompatibles con esa independencia. Es contra la esencia de la Acción Católica todo lo que pueda ser organización o actividades específicas de partido político.

6. La Acción Católica contribuye no sólo a la extensión viva de la Iglesia, sino también al bien común de la sociedad. La doctrina y la moral cristianas iluminan la vida toda del hombre, individual, familiar, profesional, política y social; el cristianismo implica restauración de todo el orden humano. En la medida en que la Acción Católica llegue a formar buenos cristianos, amantes de la justicia, de la fraternidad y de la paz, conscientes de la dignidad de la persona humana y de sus derechos y deberes, servidores de Dios y del

bien público, formará buenos ciudadanos. Son primordiales e indispensables la formación familiar y el aprendizaje del catecismo en la Iglesia y hasta en las escuelas; pero creer que eso basta, en el mundo actual, para formar al católico "al nivel de las exigencias de los tiempos presentes" (son palabras de Pío XII), es desconocer la triste lección de los hechos. Sólo un catolicismo vivo, activo, operante, puede hacer cristiana la sociedad. Ante el fuego de las pasiones y la tempestad de falsas ideologías y de la vaga mística del comunismo sólo resistirán corazones ardientes, capaces de entusiasmo y de sacrificio, formados en el ejercicio de una vida cristiana heroica. La fe sin obras es cosa muerta, según la propia enseñanza apostólica. En la práctica, y en especial en las batallas del apostolado, se ejercita, se aviva, se robustece, se desenvuelve, irradia.

7. Por todo esto, para el mayor bien de la Iglesia y de la patria, el Episcopado, en obediencia a las obligaciones que le incumben, apela instante y solemnemente a la Acción Católica como cooperadora de su propia misión apostólica, en cuanto fiel a su naturaleza y fin, para la cruzada de cristianización de los individuos, de las familias y de la sociedad. Y espera de los consiliarios y dirigentes que harán todo lo posible para que la Acción Católica sea escrupulosa en su unión de acción y de pensamiento con la Jerarquía; la Acción Católica sólo existe para cooperar en el apostolado jerárquico y sólo tiene mandato en la medida en que le es fiel, siendo siempre necesario tener presente la regla de San Ignacio de Antioquía, que repitió Pío XII: "Nihil sine Episcopo" (nada si no es con el Obispo); correspóndele, pues, dar ejemplo de fidelidad, confianza y amor a la Iglesia, y de pureza, lealtad y disciplina en las misiones apostólicas que ésta le confie.

III. Inauguración del monumento a Cristo Rey

1. Es ciertamente gran alegría para todos la noticia de la solemnísima inauguración, el día 17 de mayo próximo, del monumento a Cristo Rey.

Cúmplese así el voto del Episcopado, gracias al plebiscito de fe, esperanza y amor de los portugueses esparcidos por todo el mundo. La imagen de Cristo Rey se levantará en lo alto de Almada, dominando a Lisboa, de donde partieron para los más alejados rincones de la tierra aquellos que les llevaron el conocimiento de su bendito nombre y el de su Madre, María Santísima. Aquella imagen de Cristo Rey recordará siempre a los portugueses que su historia más heroica desde el nacimiento de Portugal fué una cruzada y una misión: partieron de Portugal para extender su reino haciendo cristiandad. Aquella imagen es augusto epígrafe de la historia portuguesa.

Con los brazos extendidos y el corazón abierto, ha-

blará a todos los hombres: que vengan a Él los que buscan la verdad (Él "es la luz del mundo"), y los que están sobrecargados ("su carga es leve"), y los que tienen hambre (Él "es el pan descendido del cielo"), y los que son esclavos del pecado ("Él es quien quita los pecados del mundo").

Monumento de paz, el monumento de Almada proclamará perpetuamente la gratitud de los portugueses; en una hora de grandeza apocalíptica en que el fuego de la guerra se propagó, pudiera decirse, a todo el mundo, el Príncipe de la paz escuchó misericordioso la oración de Portugal.

2. La inauguración comprenderá una serie de actos conmemorativos que darán comienzo el día 13 de mayo, el día de la gran peregrinación nacional a Fátima. Esta peregrinación será el maravilloso pórtico de las solemnidades que tendrán lugar en la capital.

No pueden los cristianos olvidar a la Madre cuando quieren honrar al Hijo. Fué de la Santísima Virgen de quien nos vino el Salvador. Y fué, además, por mediación de ella como Portugal comenzó a renacer en la fe, en la esperanza y en la caridad.

En Fátima hicieron los Obispos portugueses el voto de promover la construcción del monumento si Portugal se veía libre de la hecatombe de la guerra. Allí habían ido ya, en 13 de mayo de 1931, a consagrar la patria al Sagrado Corazón Inmaculado. Y continuaron yendo en todos los momentos más graves de la nación. La historia moderna del país no se comprenderá exactamente sin ir a estudiarla a la Cova da Iria.

Desde el lugar mismo donde la Virgen Santísima se manifestó, la imagen de Nuestra Señora de Fátima será conducida a Lisboa en simbólica ceremonia, con brillante cortejo, y atravesará en triunfo la capital para detenerse en la capilla del monumento como si Ella misma viniese a traernos de nuevo a su divino Hijo.

3. Desde el dicho día 13 hasta el día 17 se realizarán varios actos y ceremonias en Lisboa, los cuales se darán, a conocer oportunamente. Éstos culminarán el día 17 con la solemnísima bendición del monumento y la renovación de la consagración de Portugal a los Corazones de Jesús y María.

Todo el mundo portugués se asociará, sin duda, mediante sus más altos representantes, al fausto acontecimiento. El Episcopado de la metrópoli y de ultramar con las autoridades supremas de la nación (así lo esperamos), se congregarán allí en un acto de fe.

Y Portugal entero ha de alegrarse y honrarse sobre manera con la alta presencia de los príncipes de la Iglesia brasileña, Iglesia hija de la portuguesa y ya hoy la mayor de la Iglesia universal.

Desde lo alto del monumento, los Obispos reunidos de todo el mundo portugués darán al mismo tiempo, la sagrada bendición sobre todas las partes dispersas de la patria.

4. — La consagración parecerá a algunos espíritus acto inútil del ritual católico. Del tapiz de la historia

no ven sino el dibujo superficial; sin la luz de la fe, nunca podrán comprender que sus hilos pasan a través de los Corazones de Jesús y de María.

El acto de la consagración, confiándoles los destinos de Portugal, significa, por un lado, el reconocimiento humilde de que Nuestro Señor Jesucristo es el Rey de los siglos y su Santísima Madre la Reina del mundo; y, por otro, la súplica filial a su omnipotente misericordia contra todos los peligros que nos amenazan, a almas y cuerpos, Iglesia, nación y persona humana, en esta hora del mundo en que se hace a veces heroica la propia esperanza. Está a la vista la dolorosa experiencia de lo que el hombre es capaz de hacer por sus propias fuerzas cuando reniega y combate a Dios y a la Iglesia: ese mundo, de un poder monstruoso, que se yergue sobre la inmolación de la persona humana. Ningún cristiano ignora que el desorden y el sufrimiento entraron en el mundo con el pecado y que la liberación de él trae consigo la libertad y la paz.

Es acto trascendente y eficaz por encima de todo poder humano el acto de consagración. Portugal bien lo sabe, pues su historia lo enseña. Y todavía en nuestros días el milagro de la paz nos muestra lo que puede un acto de fe, esperanza y amor, el acto de consagración, en 1931, de Portugal al Corazón Inmaculado de María.

5. Para que el acto de consagración de Portugal a los Corazones de Jesús y de María tenga el significado de corona de un plebiscito, habrá de ser preparado desde ahora con la consagración de los individuos, de las familias, de las asociaciones, de las parroquias, de las diócesis. Que se levante por todo el país un espíritu de cruzada, a fin de que esté unánime el pueblo cristiano en este acto supremo de adoración y reparación. Que Portugal entero responda al blasfemo desafío del ateísmo, proclamando la soberanía de Dios.

Preténdese con ello no tanto un expresivo acto formal, sino sobre todo, un auténtico homenaje de la criatura a su Creador y Redentor por la total entrega de todo nuestro ser. Esto no podrá realizarse sin la purificación del alma y del corazón por los sacramentos de la penitencia y de la eucaristía. Sin estos medios, ¿cómo podrá el cristiano vivir divinamente, esto es, en estado de gracia? Y sin estado de gracia, ¿cómo puede ser sincera la consagración?

Para llevar a buen término ese plebiscito de fe y de amor conviene mucho que en todas las diócesis se

organicen comisiones. No deberá abandonarse a la exclusiva iniciativa individual. Urge promover y orientar el movimiento a fin de que entre en el corazón de todos.

6. La consagración a los Corazones de Jesús y de María requiere una predicación escrupulosa y asidua del culto a los dos Santísimos Corazones, Pío XII, por citar sólo el último Papa, dedicóles algunas de sus encíclicas, concretamente la "Haurietis Aquas" y la "Fulgens Corona". La exacta inteligencia de este culto nos introduce en lo más íntimo del "don de Dios", de que Jesús habló a la Samaritana. Dios se hizo hombre para revelarse plenamente a los hombres; y Dios-Hombre nos mostró su corazón para mejor revelarnos el misterio de Dios, ya que a través del corazón se puede entrar en la intimidad de alguien. A través del Corazón de Jesús comienza nuestra ceguera y frialdad a entender y sentir aquella palabra del apóstol San Juan "Dios es amor"; sí, amor y misericordia.

Muere el mundo por falta de amor. Es necesario reanimarlo. Y el medio escogido por la divina Providencia, como más adecuado a nuestro tiempo de orgullo y violencia, fué el de la revelación del culto a los Corazones de Jesús y María, el primero particularmente en Paray-le Monial y el segundo en Fátima.

Tiene el Apostolado de la Oración, entre otras asociaciones, la misión de practicar y desarrollar tal culto. Quiere el concilio plenario que se establezca en todas las parroquias del país. Urge darle nuevo incremento y esplendor. Que las nuevas obras no destruyan las antiguas; ni la acción apostólica deje nunca de formarse junto al Corazón de Nuestro Señor y de su y nuestra Madre.

Dado en el Seminario de Cristo Rey, Lisboa, 16 de enero de 1959. — † MANUEL, *Cardenal Patriarca*. — † ANTONIO, *Arzobispo Primado*. — † MANUEL, *Arzobispo de Evora*. — † ERNESTO, *Arzobispo Obispo de Coimbra*. — † JOSÉ, *Obispo de Beja*. — † JOSÉ, *Obispo de Viseu*. — † JUAN, *Obispo de Lamego*. — † ANTONIO, *Obispo de Vila Real*. — † ABILIO, *Obispo de Bragança y Miranda*. — † DOMINGO, *Obispo de Guarda*. — † ANTONIO, *Obispo de Porto*. — † AGUSTÍN, *Obispo de Portalegre y Castelo Branco*. — † FRANCISCO, *Obispo de Algarve*. — † DOMINGO, *Obispo de Aveiro*. — † MANUEL, *Obispo de Angra*. — † JUAN, *Obispo de Leiria*. — † DAVID, *Obispo de Funchal*.

MEDITACION TOMISTA

Un pensamiento sin principios no puede ser consistente; un pensamiento con apriorismos no puede ser universal. En uno y otro caso habrá pecado contra su vocación constitutiva: ser, en el mundo, el fundamento de toda cohesión.

Cuando la filosofía griega formuló por primera vez el principio de no-contradicción como ley suprema del pensar, tomó conciencia explícita de la primera de estas exigencias; tradujo en términos objetivos la intensa consecuencia del pensamiento, que le libra de ser arrastrado al azar de las circunstancias.

Pero «ser, se dice de muchas maneras». A la primera ley de intransigencia el descubrimiento de la «analogía» del ser le articula una interna flexibilidad. Diría que la norma suprema del pensamiento: «lo que es, es; lo que no es, no es», no impone a las cosas una rigidez militar, una inmovilidad arquitectónica; antes al contrario, expresa la ley misma de la vida, siempre constante en su proyecto, sin que ello sea óbice a una continua, realista adaptación al medio.

Si se ponen frente a frente la masa anárquica de los hechos con la rigidez de los apriorismos, unos u otros tienen que ceder: o anarquía, o dictadura. Pero el pensamiento, cuya íntima fidelidad a sí mismo no es otra que su fidelidad al ser, abrazará con la máxima delicadeza toda cosa, respetando en cada una aquel conato de libertad que es su devenir. Ninguna situación es, de suyo, extraña para el pensamiento; ninguna hay que él no pueda asumir, en una íntima comprensión.

Y por esta misma fidelidad y respeto, el pensamiento subraya y potencia en las cosas sus esencias y valores básicos. El pensamiento, en efecto, es, en el mundo, un principio aristocrático de ennoblecimiento: discurre entre las cosas (inmerso entre ellas, pero no confundido con ellas) como una exigencia continua de superación. A su presencia operante, despertará en toda cosa posibilidades hasta entonces latentes. Su llamada es la llamada del genio, del héroe, del santo, que arrastra a los hombres a elevadas empresas colectivas.

Pensamiento es nobleza, decimos; y por lo mismo, capacidad de auto-corrección. Se comprenderá mejor al tomismo y a su sorprendente pretensión de vigencia actual si se le entiende como plasmación en un sistema objetivo de estas exigencias constitutivas del pensar. Cabe hoy, todavía, un tomismo vivo, porque es un sistema edificado sobre principios que implican el poder de corregirse sin ser desautorizado; el poder de asimilar de continuo situaciones intelectuales o históricas nuevas, sin perder la fidelidad a su inspiración.

Así, cuando haga afirmaciones de esencias o delimite posibilidades, sentenciando de antemano lo que puede o no puede ser; lo que debe o no debe ser, no pretende acotar entre límites cohibidores la suprema libertad del ser, de la mente. El nivel del «poder» y del «deber» (nivel de la «forma»), penden, en efecto, de algo más alto y más íntimo, que el tomismo ha denominado «acto». Como «acto» hemos intentado, ahora, describir el pensamiento.

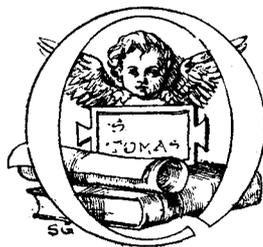
Para este pensamiento el error mismo recobrará, más pronto o más tarde, una positividad, reintegrándose, ni que sea a modo de contraste, en el mundo del sentido y de la ley. Habrá obligado, en realidad, a la mente a entrar más profundamente en sí misma, superando una paz demasiado confortable tal vez, para descubrir la trayectoria básica de la verdad, de la cual el error es una inflexión, en el seno mismo del error si es posible. Así la rectificación que exija no es, en definitiva, sino aquel «erguirse» en que consiste, según Santo Tomás, la historia misma de la filosofía perenne.

El ser, es; el no-ser, no es; pero ser se dice de muchas maneras. Añadamos ahora: una sola es la definitiva.

Cuando la mente está polarizada hacia ella, el plano empírico de los hechos, lo mismo que el plano racional de las normas, adquieren su unidad última. La fidelidad a sí misma es entonces, para la mente, exponente de una fidelidad más alta.

A este vértice del ser, la filosofía griega le denominó «Acto Puro». Y ésta es la vocación constitutiva de la mente: prolongar y actuar su presencia en el mundo.

Jaime BOFILL



ASPECTOS DE UNA "PUNTUALIZACION" DE LA POLEMICA SOBRE ORTEGA

La viva polémica que en torno del pensador Ortega se ha mantenido siempre, ha ido cambiando constantemente de perspectiva.

Hubo un tiempo en que la discusión se debatía acerca del carácter auténticamente filosófico que su obra pudiera encerrar. Los polemistas se reclutaban a la sazón de entre las filas de los más fervientes entusiastas de la renovación y europeización españolas, adictos en su mayoría al ideal de la generación del noventa y ocho.

No pocos manifestaban entonces su decidida antipatía a la persona misma de Ortega, tan rebosante de "pose" y de fecundia, al decir de ellos, como escasa de ideas y de profundidad.

Contrañéndole a Unamuno, hacia quien se dirigían sus simpatías intelectuales, originaban de esta suerte una polémica, que, en un principio, se circunscribía al carácter estrictamente *filosófico* de la obra y de la actitud de Ortega.

Más tarde las vicisitudes de la política española trajeron un irremediable silencio sepulcral alrededor de estos personajes; pero llegó el momento, un día, de levantar el telón que velaba el verdadero drama de las ideas en nuestro país, y entonces se descubrió en primer lugar, que en el entreacto les habían sucedido muchas cosas terribles a los espectadores mismos, y algunas también a los protagonistas de escena; y en segundo lugar, que a pesar de ello, seguía jugándose el mismo argumento con insignificantes alteraciones.

De hecho la polémica en torno a Ortega tomó un nuevo carácter cuando se pretendió desarticular su pensamiento, desarraigándolo de su genuina y exacta dimensión o circunstancia histórico-ideológica, para procurar insertarlo substantivamente, por un lado, en la ideología nueva, surgida con ímpetu, momentáneamente arrollador, de las referidas vicisitudes nacionales; y por otro, en el pensamiento antiguo o tradicional.

Y es frente a este pensamiento tradicional, frente a la filosofía perenne, en la forma que la obra de Ortega ha ido adquiriendo su mayor virtualidad polémica. El problema ha girado, desde entonces, alrededor de la vinculación de Ortega con el catolicismo.

Como tantos otros problemas, éste tiene un proceso, y como todo proceso humano, una historia, que, desde luego, no vamos a relatar, pero en la que sí conviene en seguida distinguir dos momentos, que, a su vez, corresponden a dos aspectos de una misma cuestión, o quizá a dos cuestiones distintas simplemente.

El primer debate o polémica, y la correspondiente

cuestión, se refiere a la posibilidad de considerar a Ortega como filósofo cristiano y hasta católico. El segundo, mucho más sutil, apunta a la posibilidad, sobre todo estrictamente teórica, de montar sobre bases orteguianas una filosofía ortodoxa, católicamente hablando.

Si hemos de atenernos a los polemistas en liza, de modo principal a los que según parece han tomado últimamente cartas en el asunto, la cuestión fundamental es la última. Así es que habría que dejar al margen ya de una vez — en buena hora haya sido abandonada — la cuestión acerca del catolicismo de la persona singular que fué José Ortega y Gasset; pero incluso también la del catolicismo de su obra, que ha podido llegar a sostenerse, aunque no muy en serio seguramente.

Se trata, en consecuencia, de puntualizar "rigurosamente" la polémica sobre la cuestión señalada, y a este respecto se dice:

"Es la religión quien nos revela *lo que* debemos hacer. Mas ¿cómo justificar ese contenido de origen puramente religioso? Unos de esos filósofos cristianos responden que, en parte, por los *praeambula fidei*, las pruebas históricas, etc. Otros, que sólo por la fe.

"Adviértase que los unos y los otros podrían subscribir sin vacilar la ética orteguiana, tal como la hemos expuesto aquí. Incluso un tercer grupo de filósofos cristianos, los que piensan que la ética filosófica puede, por sí misma, decirnos algo sobre el contenido de nuestra conducta, admitirían también las tesis generales de Ortega. Enraizamiento de la ética en la metafísica, moral de la magnanimidad, de la plenitud del ser, de la perfección, del cumplimiento de la vocación, de la autenticidad, de la felicidad: he aquí unos hermosos vasos prestos a ser colmados de contenido cristiano" (1).

Como se advierte en seguida, surge aquí la cuestión de si esos "vasos" constituyen verdaderas *bases*. Realmente va a resultar difícil precisar y aquilatar hasta qué punto la obra de Ortega, sin ser católica, admite en absoluto que se la inmiscuya en las bases o fundamentos de una filosofía encuadrada en el catolicismo. Pero esto, acaso, les parece a todos demasiada pretensión; y entonces lo único que importaría es "que se pueda pasar de la una a la otra, haya realizado el propio Ortega este pasaje o no" (2).

¿Es esto último posible?

(1) "La ética de Ortega", por José Luis L. Aranguren, pág. 62.

(2) *Ibid.*, pág. 60.

*

La base de una filosofía radica en el *espíritu*, en la intención con que, a veces de un solo impulso, se colocan sus fundamentos. Y los de Ortega están muy lejos de ser católicos, pues son fruto de un pensamiento cuya intención dista diametralmente del catolicismo.

Esto no quiere significar que un filósofo distinto de Ortega no pueda aprovechar la obra de Ortega para, *con otra intención*, servirse de ella. En efecto, sería posible, pero entonces el orteguianismo — es decir, la intención, el espíritu con que el pensamiento de Ortega está inserto en su obra — habría desaparecido, y sólo dispondríamos de meras palabras.

Nos referimos al espíritu radical; porque de intenciones parciales aprovechables por el pensador católico, disponen las obras de Ortega — y las de otros muchos filósofos — abundantemente. En todo caso algo parecido acontece con cualquier autor, por extraño y alejado que parezca respecto de una determinada filosofía.

En definitiva hay que atenerse objetivamente a aquel espíritu general y no a estas intenciones parciales; ni mucho menos a la estricta materialidad de las palabras. Y que ha de ser así parece probarlo el hecho mismo de que unos y otros, estos polemistas se achacan entre sí cierta estrechez de miras, quejándose de que se rigorizan en demasía las palabras, cuando debiera atenderse a lo que hay detrás de ellas. Se denuncia que pueden leerse puntualmente, y línea por línea, los escritos de Ortega sin entenderle — lo cual, en verdad, suele ocurrir con todos los pensadores con quienes no se ha entrado de algún modo en una conexión realmente simpática.

Pero, con razón, se responde que si por las palabras no, ¿por cuáles otros indicios podrá rastrearse *con seguridad* absoluta el contenido ideológico de un pensador?

Ahora bien, puestos en una actitud escéptica frente a los vocablos, incluso frente al contexto entero, no es probable que pueda encontrarse en la obra total de Ortega un espíritu, un significado, una intención católicos.

No puede olvidarse, por más que se quiera, que el pensamiento de Ortega responde a una intención radicalmente nueva, independiente; pretende situarse en una actitud de vanguardia frente a las ideas de una civilización caduca, y caducada según el propio Ortega.

Esto lo sabe en todo instante, y sin ulterior investigación, todo intelectual español, y, a mayor abundamiento, quien haya recibido el impacto de la influencia del pensamiento orteguiano.

Este es el espíritu de la obra de Ortega sin excepciones tardías, si hemos de atenernos a las últimas ex-

posiciones que el filósofo hace de su filosofía. Por ejemplo allí donde dice (3):

“Las cosas que parecen más estables, y que eran para el hombre como una “terra ferma” donde sus pies podían asentarse se convierten de pronto en inciertas o bien se manifiestan como errores, utopías o piadosos deseos.

”Entonces, el hombre, una vez más, dirige su poder de atención hacia atrás, y mira hacia el pasado para buscar en él armas, instrumentos, formas de conducta que le permitan afrontar un porvenir más que problemático. ¿Y qué encuentra, en definitiva, en este vasto granero que es el pasado? De hecho, los problemas son tan radicalmente nuevos, que afectan a la estructura misma de las fuerzas vitales, a lo que se denomina “los principios mismos de una civilización”, nada de lo que se ha hecho y vivido en el pasado puede servir en nuestras tentativas para resolverlos. Nada de lo que nos revela la historia puede valer para un porvenir de tan extraño perfil. Imposible de encontrar en el pasado modelos válidos. El porvenir, con su carga colosal de elementos problemáticos destruirá al pasado en tanto que ejemplaridad.”

Desde luego, nada de esto es nuevo en la postura de Ortega. Lo traemos aquí por tratarse de opiniones de última hora, que confirman una vez más la inalterabilidad del pensamiento del filósofo al margen del catolicismo.

Sólo quedaría el recurso a las palabras desnudas, y aisladas del subyacente sentido total que las anima.

Pues bien, en la discusión que el propio Ortega sostuvo en contra de quienes, desde variadas perspectivas, se mostraban un poco escandalizados ante su radicalismo (4), por las palabras quiso el filósofo español establecer la magnitud del abismo que les separaba:

“Heidegger ha empleado la terminología escolástica. Nos ha remitido una vez más al Ser. Su error estriba en haber querido hacer una ontología.

”Es preciso ir más allá de la idea del Ser, y la palabra *Ser* no es capaz de expresar esta nueva realidad que es la Vida” (5).

Y a pesar de todo, todavía muchas palabras, no pocas expresiones y, como antes adelantábamos, también algunas intenciones pueden trasvasarse de Ortega al pensador católico.

De ahí en adelante no se puede ya decir más en favor de una conciliación. Es evidente, por las razones ya expuestas, que con esto no se significa en absoluto que *pueda pasarse* de una filosofía a otra.

F. HERNANZ

(3) “El pasado y el porvenir para el hombre actual”. Conferencia pronunciada por Ortega el 12 de septiembre de 1951. En el vol. “La connaissance de l’homme au xx siècle”. Rencontres internationales de Genève, 1951, pág. 141.

(4) Vid. el texto de la Conferencia y “Troisième entretien privé” y *sgu.*

(5) *Ibid.*, “Troisième entretien privé”, pág. 289.

EMPOBRECIMIENTO UNAMUNIANO DE LA ESENCIA DEL CRISTIANISMO

Si tuviéramos que decir en pocas palabras lo que a nuestro entender constituye el fallo *radical* — raíz de otros, más fácilmente perceptibles — de la concepción unamuniana del Cristianismo, diríamos que estriba primordialmente en la absoluta supeditación y reducción que de todo su contenido ha hecho Unamuno al plano *natural* en el que se plantea al hombre el problema de la supervivencia personal después de la muerte — el problema unamuniano por excelencia —. El Cristianismo no sería más que una *respuesta* a esta inquietante cuestión, aportando al hombre una fe y una esperanza muy vivas — aunque enteramente irracionales — en esa inmortalidad individual que con tanta vehemencia anhelamos.

Sorprende, en verdad, una actitud tan decididamente egocéntrica ante la realidad del Cristianismo: en lugar de aparecérsenos Unamuno dejándose informar e iluminar por ella, le vemos siempre proyectándole su propia “luz” interpretativa, es decir, sus propias preocupaciones y afanes vitales, configurando de este modo un Cristianismo a su imagen y semejanza. Ninguna exageración en lo que afirmamos. Basta con fijarse en el planteamiento inicial y en el desarrollo consiguiente que del tema hace Unamuno en la obra que más directa y sistemáticamente lo aborda — “Del sentimiento trágico de la vida” —, para poder advertirlo. Se empieza con una presentación cálida y vibrante del problema o inquietud filosófica *fundamental* del hombre — en opinión de Unamuno —, a saber, la originada del conflicto entre la razón — escéptica e incluso atea — y la voluntad — hambrienta de inmortalidad —, para hacer aparecer más adelante al Cristianismo exclusivamente a título de “solución” de *este* problema. Cuando Unamuno escribe, al empezar el IV capítulo de la citada obra titulado ambiciosamente “La esencia del Catolicismo”: “Vengamos ahora a la solución cristiana católica, pauliniana o atanasiana, de nuestro íntimo problema vital, el hambre de inmortalidad”, creemos que, tal vez sin darse cuenta, traza ya de antemano los límites de su comprensión del Cristianismo, el horizonte solamente dentro del cual éste tendrá para él algún sentido. No son tanto sus errores particulares en esta materia cuanto su *ilegítimo enfoque inicial* lo que debe ser puesto claramente de relieve si se quiere conocer el alcance y el valor de su Cristianismo.

No cabe la menor duda de que toda verdad — inclusive la del Cristianismo — para serlo efectivamente *para mí*, ha de convertirse en algo profundamente mío, hacerse — valga la expresión — carne de mi propia

carne, devenir “subjetiva” en este sentido. Pero nos quedaríamos a mitad de camino de lo acertado si olvidáramos que, no por el hecho de requerir la verdad esta interioridad, deja de aparecer como algo que *se nos impone*, como algo que *fuera* hasta el último reducto de mí mismo. Estar en la verdad no es, en rigor, “poseerla”, ser su dueño y señor, sino “dejarse poseer por ella”. Y la actitud previa que supone es la de máxima abertura a la realidad, ponerse humildemente “a su escucha”, esforzándose por anular todo apriorismo subjetivo que pudiera viciar de raíz “la audición”.

Sería injusto censurar a Unamuno por su insistencia en la necesidad de que el Cristianismo se haga verdad subjetiva en el cristiano, si éste aspira a ser realmente tal. Esta exigencia coincide con la que hemos señalado, al decir que toda verdad, para serlo efectivamente para mí, ha de “encarnarse” en mí. La objeción capital a Unamuno debe consistir, en cambio, en hacer observar que ha desatendido por completo el segundo aspecto mencionado, no adoptando ante el Cristianismo la actitud abierta y receptiva, característica de la búsqueda escrupulosa de la verdad, sino la actitud “impositiva” de un *a priori* subjetivo, determinado por sus propios intereses filosóficos.

En estas condiciones, ¿a qué queda reducido para él el contenido de la religión cristiana? Ningún texto tan luminoso a este respecto como el siguiente: “El fondo de la doctrina de la redención cristiana es que sufrió pasión y muerte el único hombre, esto es, el Hombre, el Hijo del Hombre, o sea, el Hijo de Dios, que no mereció, por su inocencia, haberse muerto, y que esta divina víctima propiciatoria se murió para resucitar y resucitarnos, para librarnos de la muerte, aplicándonos sus méritos y enseñándonos el camino de la vida.” Unamuno, absorto ante el problema de la supervivencia personal y hambriento de inmortalidad, ha visto en Cristo al “Eternizador”, al que nos salva *de la nada*, haciendo posible nuestra existencia después de la muerte. Existencia cuyos caracteres no cree Unamuno estén precisados en el Cristianismo y que, por lo demás, no anhela muy distinta de la actual, “única conbible y apetecible” por nosotros, aunque “sin dolor ni tedio”. Tanto su peculiar interpretación del dogma de la Resurrección de la carne, como su acerada crítica de la “visión beatífica” reservada a los bienaventurados, tienden a “naturalizar” hasta el máximo el tipo de existencia que Cristo ha ganado para los hombres que se hacen acreedores a ella con su conducta totalmente inspirada por el ferviente deseo de perduración.

No vamos a exponer aquí en detalle la dogmática que Unamuno considera auténticamente cristiana. Baste con decir que en ella quedan innegablemente excluidos no pocos dogmas católicos y que los que la integran se organizan y son entendidos en función del núcleo doctrinal expuesto; así, por ejemplo, la Eucaristía no es sino un medio de asegurar nuestra "eternización", "comiendo y bebiendo a Dios, al Eternizador". Conviene, además, recordar que para Unamuno esos dogmas son en sí mismos absolutamente irracionales y que, en rigor, carecen incluso de verdadera significación objetiva. Les atribuye fundamentalmente un valor pragmático, en tanto que "querencias" — más que "creencias" propiamente dichas — eficaces en el orden vital e inscritas en la misma línea de la "querencia" humana capital, el hambre de inmortalidad, para él también irracional.

Lo esencial del mensaje cristiano estribaría, pues, según Unamuno, en la confianza aportada por Cristo en la perduración, más allá de la muerte, de nuestra *naturaleza* en una forma de existencia no muy desemejante a la actual. Es extraordinariamente sintomática la escasa importancia que otorga al tema del pecado y de la justificación, que despacha reiteradas veces sacando a relucir un Dios todo benignidad ante la flaqueza humana. En realidad, Unamuno, que tan vivamente ha sentido el *pathos* de la muerte física o natural, no ha sentido en absoluto el *pathos* de la muerte sobrenatural o del pecado, en lo que tiene de aniquilación de una vida de intimidad familiar con Dios. Cuando declara que lo que le horroriza no es el Infierno, sino la nada, no hace otra cosa que corroborar este aserto nuestro. Ahora bien, si Unamuno ha sido insensible al pecado (entiéndase esto en el sentido expresado y no en el de haber sido una amoral) — lo cual debería tenerse muy presente para diferenciarle debidamente de Kierkegaard — ha sido en virtud de su completa ceguera para el vasto paisaje sobrenatural, específicamente cristiano, de nuestra elevación por Dios a un plano absolutamente indebido a nosotros — simples criaturas infinitamente alejadas, por natura-

leza, de su Creador —, y consistente en una amorosa y gratuita adopción por Él de los hombres como hijos suyos, a los que hace así partícipes de su misma naturaleza: "Mirad qué amor hacia nosotros ha tenido el Padre, queriendo que nos llamemos hijos de Dios y que lo seamos efectivamente" (I Jo., III, 1). El pecado vino a privarnos de esta sobrenatural intimidad con Dios, de esta nuestra gratuita "deificación". Y la Redención por Jesucristo ha vuelto a restablecer esta vida sobrenatural y no meramente a posibilitar la perdurabilidad de nuestra vida natural, asegurada ya naturalmente, por lo menos al alma, en tanto que es espiritual. No nos creemos obligados aquí a dar una cabal visión de todo el contenido sobrenatural del Cristianismo. Sería exigirnos algo desorbitado. Hemos querido tan sólo apuntar la atención hacia el mismo, para evidenciar la existencia indiscutible en el Cristianismo de todo un ámbito de realidad ante el cual Unamuno ha mostrado la más acentuada miopía. Y no se trata de un ámbito secundario: o el Cristianismo no es nada o lo fundamental de su mensaje consiste justamente en esta revelación que hace al hombre de haber sido amado por Dios gratuita y sobreabundantemente, no ya por haberle creado, dándole una naturaleza propia y notablemente perfecta, sino por haberle *elevado* por encima de su naturaleza, aproximándose a Sí mismo hasta hacerle participar de Su misma naturaleza divina, *adoptándolo* como hijo suyo y haciéndolo, por consiguiente, como dice San Pablo, su heredero.

Ni una línea encontramos en Unamuno relativa a esta "atmósfera" sobrenatural que se respira en el Cristianismo. Atmósfera que en modo alguno podría él calificar de aditamento histórico tardío a la esencia del Cristianismo, porque es precisamente la que impregna y envuelve ya todos los textos neotestamentarios. Esos mismos textos que él tanto frecuentó, pero que, a juzgar por los resultados, debió de leer llevando siempre unas gafas sólo transparentes a lo que pudiese guardar una cierta relación con su angustioso problema vital. Es este apriorismo básico lo que, por encima de todo, creemos debe reprochársele.

LUIS CUÉLLAR BASSOLS



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

Febrero - 1959

GENERAL: Que el materialismo de nuestro tiempo sea eficazmente combatido por el espíritu de mortificación y de ayuno.

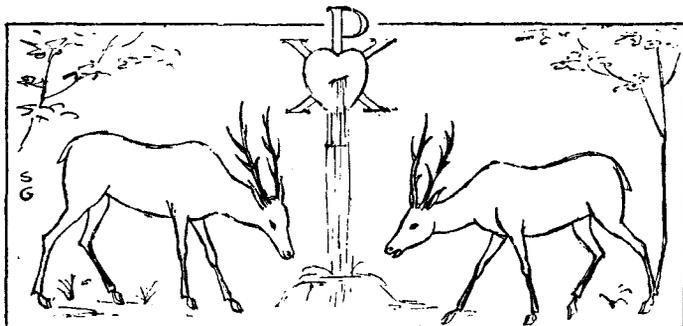
MISIONAL: Que en China las argucias de los comunistas no arranquen a los cristianos de la unidad de la Iglesia.

LA CARTA MAGNA

DEL CULTO AL SAGRADO CORAZON DE JESUS

Glosa a la «Haurietis aquas», de Pío XII

(CONTINUACIÓN)



Notablemente extensa es la Encíclica “Haurietis aquas”; llena cuarenta y cinco páginas, tamaño folio, en la Publicación Oficial de la Iglesia de Jesucristo, “Acta Apostolicae Sedis”. Entendió el gran Papa Pío XII que era preciso declarar con su autoridad suprema todo lo que la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo, cuya Cabeza es el mismo Cristo, y cuya Alma es el Espíritu Santo, cree, siente y desea acerca del Culto y Devoción al Sagrado Corazón del amantísimo Redentor de los hombres.

Y comienza con una *Salutación*.

“Venerables Hermanos: salud y bendición apostólica”. —

a) “Salud”; es decir la del cuerpo, con todo lo que la salud corporal lleva consigo de bienestar, fuerza, alegría en la actividad de la vida corporal; pero más aún la del alma. ¿Qué salud? La que en los Libros Santos, aquellos de los que decía hermosamente San Agustín: “Sint castae deliciae meae Scripturae tuae, Domine”; sean mis castas delicias tus Escrituras, oh Señor, se designa con el nombre de “salud Mesianica”; la que nos trajo el que es nuestra Salvación y nuestra Salud; que por eso se llama Jesús, el nombre más dulce y santo que hay en el cielo y en la tierra, nombre compuesto en el original hebreo, y que significa todo lo que vino a darnos el Hijo de Dios hecho Hombre, y a quien el Padre celestial impuso el nombre de Jesús porque es “Dios que salva”, y “Salud de Dios”; es decir: *salvación* que nos da Dios hecho Hombre en cuanto nos trae la liberación completa de todos nuestros verdaderos males; y *salud* que nos da Dios hecho Hombre en cuanto nos hace la donación magnífica de todos los verdaderos bienes en la vida presente y para la vida futura. Tal es la salud, en su completo y soberano sentido, que nos desea el Papa; y con ella,

b) “Bendición Apostólica”. Al dárnosla el Sucesor

del Príncipe de los Apóstoles, y con la misma autoridad de él, nos la da el propio San Pedro; y por lo mismo nos la da Cristo, el Ungido como Maestro, como Sacerdote y como Rey; el que es Jesús porque es Cristo; pues este sobrenombre, añadido al de Jesús, nos expresa adecuadamente la realización de la misión, del oficio que el Padre encomendó a su Hijo Unigénito, al dárnoslo con inmenso amor a los hombres. Es Dios que salva, y es Salud de Dios, porque al ser Ungido como Maestro del género humano, nos salvó, nos liberó de la servidumbre de la ignorancia y del error, y nos llevó al Reino de la verdad; al ser Ungido como Sacerdote Sumo y Eterno, nos salvó, nos liberó de la esclavitud del pecado, y de su consecuencia, la muerte del alma y la muerte eterna, y nos trasladó al Reino de la verdadera vida, que es la vida de la Gracia, semilla de la vida de la Gloria; y al ser Ungido como Rey, nos salvó, nos liberó del tiránico influjo y potestad de Satanás, y nos llevó a su Reino divino, que es reino de justicia, de amor y de paz, para ser dirigidos por el mismo Cristo, Buen Pastor, en los caminos suyos, que llevan a la vida eterna. Nos bendice, pues, Cristo, al darnos su Vicario en la tierra la bendición apostólica, para hacer con nosotros su oficio de Jesús, ejercitando en favor nuestro todo lo que significa su sobrenombre de Cristo, de tal manera que nosotros, en virtud de su bendición, aceptemos y sigamos todas sus enseñanzas de verdad, como de quien es nuestro único Maestro; vivamos en su gracia por los medios de santificación que nos ha dado, ya que es nuestro Sumo Sacerdote; y cumplamos sus leyes, sometidos humilde y amorosamente a su gobierno suavísimo, puesto que es nuestro Rey eterno y universal.

Después de esta salutación, el texto de la Encíclica. Consta de una Introducción y cinco Partes; y de éstas, cuatro son doctrinales, y la quinta es exhortatoria.

Tanto la Introducción como toda la Encíclica está como iluminada por la luz de un símil soberanamente bello. ¿Cuál es, y qué significado tiene el símil?

1.º El símil; es el del agua. — El agua lava, limpia refrigera; y, además, fertiliza y fecundiza la tierra; hace que germinen las semillas, y se desarrollen y den sus frutos; los frutos de la tierra con los cuales nos sustentamos.

La tierra y la vida humana sin agua, ¡qué triste y qué pobre es!

En cambio, la tierra y la vida humana con agua abundante, ¡qué rica es y qué gozosa! Cuando las nieves son copiosas (año de nieves, año de bienes),

cuando las lluvias son oportunas y en abundancia, y, sobre todo, cuando habida cuenta de que nieves y lluvias no están a nuestra mano, siempre que las necesitamos, y que es más seguro el que las tierras tengan el riego conveniente, seguro y a sus tiempos por medio de embalses y pantanos, canales y acequias (lo estamos contemplando en nuestros días y en nuestra patria), se convierten los páramos antes estériles en páraos llenos de fertilidad, fuentes de riqueza.

Pero si siempre el símil del agua es bello y expresivo, lo es mucho más cuando vemos al agua brotar y fluir de un riquísimo manantial.

Vamos paseando por las laderas bajas de una alta montaña; nieves derretidas y lluvias de las nubes se han filtrado en las concavidades de la montaña; y por veneros subterráneos se van reuniendo para salir al exterior, hacia la falda del monte, en manantial limpiísimo y copioso. De él, un arroyo, que poco a poco se va agrandando con el tributo de agua de otros manantiales; y después otros arroyos; y el río. Se ofrece el agua al hombre para que la canalice y embalse, y así la haga servir para el riego de los campos de cultivo; o bien la represe de varias formas para mover turbinas y para otros usos hidráulicos de la industria; y con ello luz y fuerza eléctrica, etc.

2.º *Aplicación del símil.* — El agua representa la vida divina de la Gracia en nosotros; es la vida sobrenatural que elevando y perfeccionando nuestra vida natural con todo lo que ella es: sustancia del alma, potencias y actos vitales, la sublima con excelsos dones divinos, que son la Gracia santificante o habitual, las virtudes infusas, teologales y morales, los dones del Espíritu Santo y los auxilios de la gracia actual, luces y fuerzas divinas, inspiraciones y mociones del Espíritu Santo para que nuestros mismos actos de entendimiento y de voluntad, al ser sobrenaturalizados, sean meritorios de vida eterna.

Todos estos dones divinos, que divinizan nuestra vida humana, culminan en la caridad, el amor sobrenatural, la virtud más excelente, con cuyos actos amamos a Dios por Dios, y al prójimo por Dios. Así nos vamos uniendo con Dios por amor, y nos preparamos para unirnos con Él de un modo perfectísimo en el cielo, donde seremos un mismo espíritu con Él.

Y la caridad, con los demás dones divinos que la sirven, se nos infunde por el Espíritu Santo, que se nos ha dado (Rom., V, 5).

El Espíritu Santo, la caridad sustancial e infinita, con que se aman el Padre y el Hijo en la augustísima Trinidad; se nos da por los merecimientos de Nuestro Señor Jesucristo; y al dársenos, inhabita en nosotros; nos vivifica; nos infunde la caridad o amor sobrenatural, y con ella los demás dones de la Gracia, y los desarrolla, y los perfecciona.

De todo esto es símil el agua; y el manantial de ella, el Corazón Sagrado de Jesús. De ese riquísimo

manantial se nos comunica el Espíritu Santo, y con Él la caridad y todos los tesoros de la vida de la Gracia. Todos nos los mereció Él por el amor que nos tuvo; y todos nos los da Él por su amor, simbolizado en su Corazón.

Por ser tan hermosa la comparación del agua, y tan accesible a toda clase de personas, se vale de ella tantas veces la Divina Escritura, y en formas y con aplicaciones muy variadas y siempre de perenne hermosura.

En el capítulo IV del Evangelio según S. Juan se nos refiere el encuentro de Jesucristo con la mujer samaritana; y entre otras palabras se leen éstas: "quien bebiere del agua que yo le diere, no tendrá sed eternamente, sino que el agua que yo le daré se hará en él fuente de agua bullidora para vida eterna" (V. 13, 14). Habla aquí el Divino Maestro de dos aguas. Viene primero, dada por Jesús, una; la cual, en quien la recibe, resulta fuente de otra agua; y he aquí que esta segunda agua, que brota de la primera, salta hasta la vida eterna. La primera representa al mismo Espíritu Santo, el cual en los que le reciben y le poseen es una fuente de dones preciosísimos; y la segunda agua representa estas mismos dones, los que antes hemos mencionado, los que se difunden y se derraman en nuestros corazones por el Espíritu Santo que habita en nosotros.

Y ¿por qué el Espíritu Santo es parangonado al agua? ¿qué semejanzas puede haber entre Uno y otra? La respuesta a esta pregunta nos llevaría muy lejos, y nos desviaría del camino llano de nuestra Glosa de la Encíclica. Quien lo quisiere ver, lo tiene en la bellísima explicación que da de ese pasaje el Cardenal Francisco de Toledo en sus magníficos Comentarios sobre el cuarto Evangelio; explicación que vulgarizó con su maestría y elocuencia el P. Pablo Segneri, en su obra "Manna dell'anima, 21 Maggio"; y más brevemente el P. Francisco Javier Calcagno en su preciosa obrita, joya dogmática y ascética y mística, "Si scires donum Dei...! (Io. IV, 10), o sea los tesoros de la gracia santificante".

De esta primera agua, el Espíritu Santo, y la segunda, los bienes divinos con que nos vivifica sobrenaturalmente, y por este mismo orden, es, repito, manantial perenne y riquísimo el Corazón Sacratísimo de Jesús. Nos llegamos a ese manantial cuando le rendimos el verdadero culto a su Corazón, tal como Pío XII nos lo enseñará en su Encíclica; y nos disponemos razonablemente, ordenada y fervorosamente a llegarnos a Él cuando nos penetramos de las enseñanzas del gran Pontífice.

Y el llegarnos al manantial será para sacar con gozo las aguas divinas que fluyen de Él. Con gozo, pues si la religión cristiana es la religión de la alegría, es ésta más pura, íntima, plenísima cuando vamos al Corazón que es "Fuente de todo consuelo".

ROBERTO CAYUELA, S. J.

COMUNISMO Y DOLLARES

Un mes adentro de 1959

Sin duda podrá pensarse que, cual la mariposa por la luz, el problema comunista nos fascina en forma a casi hacerlo tema obligado de nuestros comentarios.

Quiérase o no, hay que hacerlo así, pues, por la activa iniciativa del mundo soviético, raro es el día en que no merece una buena parte de las páginas informativas de los diarios.

La dozava parte transcurrida de 1959 no es excepción. El viaje de Mikoyan, el nuevo planeta de origen ruso, los sucesos de Cuba y del Congo belga o las mutaciones chinas, todos ellos tienen el mismo denominador.

Mutaciones rusas

Según noticias que parecen ser fidedignas, importantes cambios se estarían produciendo en la estructura social de la URSS.

Por persona de origen ruso residente en Alemania y bien informada, hace pocos días, nos informaba como el servicio doméstico, una de las más combatidas "lacras" del capitalismo, volvía a tener existencia legal en Rusia.

Una clase burocrática, con bastantes derechos y libertades, se estaría consolidando. Mayor propiedad privada, viviendas con cierta amplitud, automóviles, modas femeninas occidentalizadas y una cierta estabilidad familiar, entre otros, serían puntos de notable mutación, de retroceso en las doctrinas del leninismo y del comunismo puro.

Rusia y China

Por el contrario, tras su "telón de bambú", según lo que a través del mismo puede llegar a saberse, China sigue haciendo progresos

hacia una cada vez más pura vivencia comunista.

Los 600 millones de chinos son guiados, dirigidos y empujados hacia ese ideal por todos los procedimientos, desde la eliminación sistemática de los que no se integran, a la pragmática inculcación del sistema soviético.

Tomando de Rusia, la hasta ahora madrina y aliada, cuanto han podido, están realizando enormes obras públicas. Presas gigantescas sobre los caudalosos ríos chinos han sido concluídas, unas y otras están a punto de acabarse; con ellas se regulan riegos y se produce diez veces más electricidad que hace sólo unos años. Con la electricidad se impulsa una amplia industrialización. Plantas siderúrgicas y fábricas de cemento de origen ruso, inglés o alemán-oriental, aumentan constantemente las posibilidades de la industria y de la construcción.

Las organizaciones del más extremo matiz colectivista están vigentes en todos los pueblos. Las mujeres cosen para la comunidad en talleres colectivos con máquinas de propiedad colectiva. En lo posible se guisa para todos conjuntamente y se edifica según un criterio gregario.

La familia prácticamente ha desaparecido. En la China del culto a los antepasados no existen parientes. El amor es libre. Los hijos son de la colectividad y su educación se hace en forma mixta y en conjunto.

La Religión se persigue con toda saña. Luego de un intento de nacionalización con una especie de clero estatificado, actualmente se divulga e impone el más cerrado ateísmo.

China está pasando a ser el número uno en la plasmación del marxismo. Justo en los mismos

momentos en que Rusia parece estar atenuando su doctrina y sus principios.

Esa pureza doctrinal de China resulta molesta e incómoda para la Rusia actual. El discípulo puede corregir al maestro. Posiblemente por eso Rusia se aparta de China.

Comunismo y economía

La enorme ayuda a esa China, ahora ingrata; los apoyos económicos que Rusia ha ido prodigando, con sus fines como es natural, a Egipto, Siria, Irak y tantos otros países; el importe de los armamentos que reparte y las sumas fabulosas destinadas a propaganda y subversión, probablemente hacen que necesite un respiro la economía rusa.

A los antiguos y más o menos afortunados planes quinquenales, ha sucedido ahora un plan septenal, con la esperanza de que al cabo de esos siete años pueda alcanzarse el buscado equilibrio.

Si aparte de sus propias fuerzas pudiera contar con ayudas exteriores tanto mejor.

Con arreglo a datos de la Tesorería americana pasan de 10.000 millones de dólares las sumas entregadas a Rusia. De ellas ésta sólo reconoce y cree deber devolver unos 800. Si tanto se le ha concedido no sería difícil conseguir un poco más.

Así pensando, luego de situar con éxito el nuevo planeta ruso y tras anunciar que podría haber fórmulas para solucionar el problema de Berlín, el viaje de Anastas I. Mikoyan a los EE. UU. parecía muy indicado.

Economía norteamericana

Al otro lado del Atlántico los EE.UU. consideran con un poco de cuidado su propia economía y la

misma en sus relaciones con los países europeos.

Mientras Europa progresa; mientras el nivel de las economías europeas, en general, es ascendente, el suyo, dentro siempre de su indiscutible firmeza y potencialidad, es delicado.

El aumento del costo de la vida en los diez últimos años ha sido del 24%. En valor adquisitivo, comparado con el dólar de 1938, el dólar de hoy sólo vale 0,47 de aquél.

Aún cuando todavía se guarda allí una cuarta parte de las reservas de oro del mundo, en los últimos meses, más de 2.000 millones de dólares han salido de Fort Knox con dirección a Europa.

Como remate, la libre convertibilidad de monedas recientemente acordada aún ha hecho menos firme la posición del dólar, que de moneda dura ha pasado a ser semi-dura. El marco, el franco suizo y hasta la propia libra esterlina van adquiriendo tal personalidad que van relegando a segundo término la demanda dólares en el mercado europeo.

La ingratitud de China para con Rusia podría tener paralelismo con la de Europa, la Europa mimada por el plan Marshall y sucesivas liberalidades, para con Norteamérica.

El desengaño ruso podría buscar compensaciones con el desengaño yanqui.

Algo bulle en la marmita

No es mucho lo que con certeza puede saberse de las interioridades de Rusia, pero todo parece indicar que algo bulle dentro. Sigue la lucha sorda.

Tan pronto se denigra la actitud de los capitostes llamados del antipartido, como se olvidan sus culpas, cosa que indicaría que éstos no están tan anulados como parece.

Molotov, el postergado ex-Ministro que pasó a Embajador en Mongolia, inesperadamente se le ha dado salida al mundo libre

exaltándole a la Embajada en La Haya.

El Secretario particular, consejero y confidente de Kroutchev, Alexander Vassilievich Ousov, ha aparecido suicidado, o le han suicidado, por ingerir una fuerte dosis de veneno.

El Congreso del partido Comunista va a celebrarse y a él hay que llevar no sólo planes sino también realidades. Para los unos y para las otras una ayuda de los EE.UU., por paradójico que parezca, sería interesante.

Banqueros y judíos

Así las cosas, Mikoyán salió para Norteamérica.

Hace unos dos meses, un banquero de ese país, Leo Y. Chertok, con Banco propio y siendo Presidente de la "Mediterranean Oil Co.", el petróleo siempre anda por en medio, junto con otros quince bancos, aceptó un empréstito de 500 millones de dólares a favor de Rusia, con un interés del 10% anual.

A través del viaje de Mikoyán, el acto oficial más resonante y el mayor banquete que se le ha ofrecido fué el dado después de las amplias conversaciones con la plana mayor del más importante de los bancos americanos, el "First National City Bank of New York", todo lo cual fué preparado por Mr. Shepard.

Poco después el Vice-Primer Ministro ruso recibió a una importante comisión de judíos norteamericanos. La razón oficial dada es que fueron a pedir que no se enviase a poblaciones del ártico siberiano judíos residentes en Rusia. La realidad, sin duda, es muy otra.

¿Se habló de la deportación masiva de judíos, por decenas de miles, que los países satélites de la zona balcánica y centro-europea, previa expoliación de todos sus bienes, están haciendo hacia Israel, con gran quebranto para el pequeño Estado sionista?

¿Se habló de finanzas?, ¿o quizá se trató de atenuar lo uno a cambio de lo otro?

Mahometismo y comunismo

Hace un cierto tiempo Europa señaló a África como su retaguardia necesaria, mezcla de despensa y de almacén de provisiones.

Rusia reaccionó pensando que también ella tenía derecho a una parte y pronto empezó el flirteo árabe-moscovita.

Para el africano la religión islámica presenta muchas facilidades y atractivos. Nos referimos al negro no musulmán. Es la de pueblos afines, de razas no blancas, de arraigo y tradición africana, que deja un amplio margen a todos los placeres y libertades.

Exaltando nacionalismos, aventando ideas de independencia y liberación, y fomentando con fuertes ayudas económicas la difusión del mahometismo, Rusia está tratando de situarse entre los recién nacidos Estados africanos y los que, en más o menos tiempo, puedan ir naciendo.

Tras los tratados comerciales y la concesión de empréstitos, viene en seguida el envío de técnicos. Técnicos cuyo tecnicismo puede ser muy amplio: desde montar fábricas e instruir tropas, hasta armar revueltas.

Los sucesos del Congo belga, el país que por sus procedimientos coloniales se creía ajeno a esas cosas, que miraba por encima del hombro a una Francia con lo de Indochina y Argelia, a una Inglaterra con el Mau Mau, a un Portugal con Goa y hasta a una España con Ifni, demuestran que en todas partes se nota el efecto de aquella acción.

Entre tanto el número de adeptos a Mahoma crece de tal forma entre los negros que actualmente, pese a que el Islam no tiene por norma hacer prosélitos, por cada uno que se convierte al catolicismo, hay dos y medio que lo hacen al islamismo.

INMIGRACION EN ISRAEL

La situación en Oriente es caótica. Sin embargo afluyen a Israel importantes contingentes de población. Se calculó la inmigración en 1957 en 100.000 personas, con ritmo ascendente. El Gobierno de Israel debe resolver, pues, graves problemas.

Diariamente, alrededor de mil personas circulan por el puerto de Haifa, entrada natural marítima al nuevo estado. El Departamento de Inmigración de la Agencia Judía de Haifa comienza su labor en los puertos de embarque, en el preciso momento de abandonarlos los buques que transportan a los inmigrantes. Junto con su número son enviados a Haifa sus detalles personales. Allí comunican la colocación para cada uno.

Entre tanto, a bordo, los propagandistas de los movimientos de Kibbuasin explican la vida en los kibbouts o colonias agrícolas. Quienes lo prefieren son inscritos en las colonias colectivas.

Existe una sociedad dedicada a proporcionar a bajo precio viviendas de alquiler a los inmigrantes. Los pagos se hacen efectivos a la entrega de los primeros salarios.

Al llegar a puerto, tras depositar las divisas extranjeras y realizar los trámites aduaneros, las familias pueden ya dirigirse a su nuevo hogar. Todo está allí preparado, las camas hechas e incluso un pastel encima de la mesa.

“Cuando los periódicos anuncian que la Agencia Judía ha decidido construir 10.000 viviendas nuevas por mes para los nuevos inmigrantes, esto no es más que una cifra para el lector corriente, pero para los hombres del Departamento de Inmigración la ejecución del plan es un asunto de vida o muerte. Con cualquier pequeño atraso que haya se corre el riesgo de tener encima a miles de personas sin alojamiento. Sin embargo esto no ha sucedido todavía...” (1).

* * *

No es extraordinario que un taxista de Tel Aviv, un agricultor del Sinaí o un portero de Jerusalén hablen seis o siete idiomas. En general todos los judíos suelen ser políglotas y hasta aquí no hay

(1) Jacob Friedler, en “The Jerusalem Post”.

nada de extrañío. Sin embargo esto tan simple a primera vista podría conducir a Israel hacia un moderno estado de Babel.

Los dirigentes del gobierno han optado por hacer revivir como lengua nacional el hebreo. Ya antes de la formación del actual estado, Fleazar Ben Yehuda construyó un “hebreo básico” tomado de la Biblia. Esto no es todo. El hebreo se escribe sin vocales. Las palabras están formadas por consonantes en grupos de tres generalmente. ¿Qué ha hecho Israel para superar esta dificultad?

“Han sido instituídos cursos especiales; he tenido la suerte de ver dos de ellos en plena actividad. Son escuelas en las que no solamente se enseña a los chiquitines sino a personas de cualquier edad; he visto sentado en un mismo banco a ancianos de cabeza cana junto con muchachitos de pantalón corto, comulgando juntos, codo a codo, en un mismo fervor. El gran hallazgo consiste en iniciar la enseñanza del lenguaje con un sistema coral o sea por medio de cantilenas colectivas. Antes de enfrentarlos con la grafía, manuscrita

Viene de la página 181

Convulsiones sudamericanas

Sin embargo de cuanto dejamos dicho, como ya expusimos, seguimos creyendo que los países de la América hispana son objeto de preferente atención por parte de Rusia.

La huelga general revolucionaria argentina, de inspiración peronista-comunista, y la toma de posiciones en Cuba, son datos que así lo atestiguan en estas semanas.

No sabemos, hecha abstracción del problema de las ejecuciones y excesos revolucionarios, cuál será la futura posición del movimiento de Fidel Castro en Cuba. Pero no hemos de olvidar algunos hechos.

Triunfante el fidelismo, ha reaparecido el periódico comunista “Hoy”. El dirigente comunista Lázaro Peña, exilado desde hacía cuatro años, ha regresado de inmediato. Y el médico argentino, consejero e íntimo colaborador de

Castro, Ernesto “Che” Guevara, ha hecho un elogio de la participación comunista en la revolución y declarado su derecho a colaborar en el Gobierno.

El centro anticomunista de La Habana ha sido saqueado y destruído el fichero de agentes comunistas que allí había.

Fidel Castro, atenuando todo ello, ha manifestado que el comunismo no es problema en Cuba. El tiempo lo dirá.

FERNANDO SERRANO

ta o impresa, los alumnos absorben el sentido musical, sumiéndose en la ola armónica de esta habla arcaica y potentísima gracias a un maestro cantor que recita el texto con el mismo son con que se expresaba Abraham, con que gemía Job y con que profetizaba Isaías.”

“Fenómeno más maravilloso todavía es la adaptación inmediata de un idioma antiquísimo a las exigencias de los tiempos nuevos: tres mil años superados en un instante. Y la filología del Génesis se muestra capaz de abarcar el vocabulario técnico de nuestra era sin necesidad de acudir a préstamos extraños. De esta forma en las universidades israelíes, en el mundo de los descubrimientos atómicos, se expresa con todo rigor en un léxico enraizado en la Biblia. Lo mismo ocurre con los médicos, los juristas, los biólogos y los economistas. De tantas cosas sorprendentes como cabe descubrir en este esfuerzo llevado a cabo por un pueblo para la reconstrucción de su propio estado, ninguna es tan misteriosa como esta palíngenesis lingüística. Una multitud de criaturas vivientes reuniéndose junto al gran tronco de la Biblia lo ha hecho reverdecer de golpe y lo hacen retoñar con hojas y flores para la gran fiesta primaveral del renacimiento nacional. Sí, y hasta a nosotros extranjeros nos toca decir: “He aquí un milagro” (2).

* * *

En una entrevista con el doctor González Maeso, catedrático de la Universidad de Granada e ilustre hebraísta, publicada en una revista española a raíz de su regreso de Israel, contestaba éste a una de las preguntas formuladas del siguiente modo:

“El Estado de Israel se encuentra como los tres mancebos amigos de Daniel en el horno, rodeado de llamaradas de odio y afanes de

exterminio de los países árabes — es notorio y confesado por ellos mismos — pero protegido por una indiscutible Providencia. Los caminos para la realización del sueño bimilenario de Israel de volver a la tierra de sus mayores han sido maravillosos y hay que ver en ellos el dedo de Dios. Además en cada israelí, hombre o mujer, hay un héroe en potencia, forjado por las circunstancias, dispuesto a vender cara su vida en pro de su país. Tienen un gran ideal, fe en Dios y en sí mismos, arrojo y valentía, habilidad suma, actividad incansable, alto nivel cultural, dinero (o quien se lo facilite) y hay que reconocer que con todos estos efectivos se ganan muchas batallas en todos los frentes y de un minúsculo territorio, defendido contra viento y marea, se puede hacer un pequeño gran Estado” (3).

* * *

En una gacetilla de prensa hemos visto que el Partido Herouth ha celebrado su V Conferencia Nacional en Tel Aviv. Al comenzar sus sesiones el Gran Rabino Nissim ha recordado que ciertos grupos se esfuerzan en explotar las diferencias entre las diversas comunidades. El alcalde de Tel Aviv ha invitado al Herouth a formar un bloque de fuerzas nacionales. Menahem Begin, previendo una victoria electoral, ha declarado que formará un gobierno nacional liberal. Su programa pretende restaurar las antiguas fronteras históricas de Israel, la firma de un tratado franco-israelí, rechazo de toda concesión a los árabes, acción eficaz obligar a instalar todas las embajadas extranjeras en Jerusalén, abolición del control de cambios, estabilización de salarios y promulgación de una constitución y de leyes contra la omnipotencia de la Histadruth. En política exterior se manifestó “*por la amistad con Rusia y la lucha contra el comu-*

nismo mundial y contra toda relación con Alemania para siempre”.

Este último párrafo nos recuerda otra gacetilla hecha pública con motivo del viaje del Presidente Nasser a Moscu. Decía que su llamada contra el Estado de Israel puso de manifiesto el antisemitismo soviético del que se están contagiando los partidos comunistas de Europa y aún de América. Todo ciudadano de la U.R.S.S. posee una nacionalidad que figura en su pasaporte. Oficialmente el israelita soviético es asimilado a una de estas nacionalidades. Prácticamente no es así: figura en su pasaporte la nacionalidad judía. Tal distinción no sólo le cierra muchas puertas sino que le señala también frente a las autoridades.

Las estadísticas más recientes nos muestran que viven en Rusia unos 3.000.000 de judíos, de los que 500.000 habitan en Moscu.

* * *

Hace cien años se celebraba la primera misa en las ruinas de la que fuera Fortaleza Antonia en Jerusalén, hoy Basílica del Ecce Homo. Y la misa era celebrada por un sacerdote de raza judía, a quien se había aparecido la Virgen Nuestra Señora: el P. Alfonso Ratisbona.

Desde entonces laboró por la conversión a la Iglesia Católica de sus hermanos de raza y fundó para este fin las Congregaciones de Sacerdotes y Religiosas de Nuestra Señora de Sión.

Una gran esperanza parece alzarse sobre Israel.

“Oh Dios omnipotente y sempiterno que no excluyes la judaica perfidia de tu misericordia, escucha nuestras oraciones que os dirigimos por la obcecación de aquel pueblo para que conocida la luz de tu verdad que es Cristo, sean librados de sus tinieblas” (4).

FLORENCIO ARNÁN LOMBARTE

(2) V. Beonio-Brocchieri, “Israel y América Latina”, junio 1957.

(3) Maria Reparatrix - Tercer trimestre 1958.

(4) Oración del Misal Romano para el día de Viernes Santo.

LA IGLESIA Y LA MASONERIA

Desde la bula *In eminenti* (1738) a la *Humanum genus* (1884)

En el número de "Cristiandad" de 15-XI-1957, dábamos la versión española de un documentado artículo del P. Juan Caprile, S. I., sobre el concepto de "Masonería y Religión". Hoy la damos de la información documental del mismo autor, aparecida en *La Civiltà Cattolica*, del 19-VII-1958.

Desde el resurgir, dice, de la moderna masonería especulativa (1717), los sumos pontífices fueron los primeros en señalar su peligro y condenar sus errores; e indudablemente los únicos en mantener firmes sus posiciones, en tanto iban cayendo en desuso otras prohibiciones (1).

La primera bula de Clemente XII

Abre la serie, la bula *In eminenti* del 28 de abril de 1738. Después de especificar los motivos que hacían sospechosas y peligrosas tales asociaciones secretas, Clemente XII prohibió a los católicos el inscribirse en ellas, o el ayudarlas de un modo cualquiera, bajo pena de excomunión. Contra este documento, en particular, coincidieron los ataques de varios escritores masones que acusaron al Pontífice de haber antepuesto los motivos políticos a los espirituales, y de haber emanado una condenación canónicamente injustificada, y por tanto absurda e ilegítima, por estar fundada "sobre bases inconsistentes" y fútiles motivos, como son la calumnia y la difamación (2).

Coméntalo el P. Caprile y dice: si dichos censores hubieran tenido mayor familiaridad con el latín y hubieran leído desapasionadamente el documento, se hubieran dado cuenta de que la frase *nedum... verum etiam*, en lugar de significar que se anteponen los motivos temporales a los espirituales, significa precisamente todo lo contrario. Y las palabras que siguen: *sane, vel ipso rumore publico nunciante*, dan a entender que el Papa, al condenar, no se fundó en el solo rumor popular.

Pero aun en el caso absurdo de que la bula de Clemente XII, hubiese emanado sin hacerla preceder de aquella larga y minuciosa elaboración tradicional en la curia romana, debería dicho Papa merecer la admiración de sus mismos adversarios, por haber señalado con tanta exactitud:

el espíritu, los intentos, la acción de los mismos. Un edicto del 14 de enero de 1739, prohibió, además, la secta masónica en los Estados Pontificios.

De Benedicto XIV a Gregorio XVI (1740-1848)

A Benedicto XIV (1740-1758) tocó deshacer la superchería de que la condenación de Clemente XII, había perdido su valor, por no haber sido expresamente confirmada por su sucesor. La bula *Provida Romanorum Pontificum*, refutó el sofisma. Pío VI (1775-1799) tuvo que ocuparse de la masonería, porque ante sus mismos ojos, el conde Cagliostro había implantado la central de su "Masonería egipcia". El Santo Oficio (7-IV-1791), condenó al impostor y sus doctrinas, fundándose en los decretos precedentes. Pío VII (1800-1823), vuelto a sus Estados, después de su apresamiento, tuvo que reconocer que las sociedades secretas habían arraigado extensamente. Dos edictos del Card. Consalvi (15-VIII-1814 y 10-IV-1821), renovaron las antiguas prohibiciones, haciendo por primera vez mención de una nueva filiación, o a lo menos imitación masónica, la carbonería. Contra ésta, en particular, publicó el Papa la bula *Ecclesiam a Iesu Christo* (13-IX-1821), recordando las falacias con que se engañaba a los fieles, las conspiraciones contra la Religión y la Iglesia, los atentados contra todo orden legítimamente constituido, divino y humano, y las desviaciones y errores profesados por la secta. Pero tanta solicitud no halló la debida consideración cerca de las autoridades civiles, muchas de las cuales, con deplorable ceguera, tuvieron por exagerada tanta alarma. Ya el 14 de enero de 1818, Consalvi se quejaba a Metternich, de verse correspondido por los gobernantes "con la mayor indiferencia del mundo", y salió buen profeta añadiendo: "Día vendrá en que las más antiguas Monarquías abandonadas por sus defensores, se hallarán a merced de unos cuantos intrigantes de baja ralea a los que nadie se digna echar una mirada preventiva" (3). Contra ese prolongado silencio, que se obstinaba en atribuir las condenaciones pontificias a simples sospechas, León XII (1823-1829), en su constitución apostólica *Quo graviora* (13-III-1825), profería estas graves palabras: "la Santa Sede ha proscrito la masonería, no como una sospecha, sino porque la tiene bien conocida, con certeza y abundancia de pruebas, como el enemigo capital de la Iglesia Católica".

El reinado de Pío VIII fué brevísimo (1829-1830); no dejó, con todo, de ocuparse de las sociedades secretas, de su actividad y sus peligros, en su encíclica *Traditi humilitati* del 24-IV-1829. Lo mismo hizo su sucesor Gregorio XVI (1831-1846), que vió en la masonería, una de las fuentes

(1) He aquí algunas: Austria (1743, 1754, 1785, 1801); Hamburgo (1738); Aix-la-Chapelle (1779); Baviera (1784, 1785, 1786, 1799, 1806, 1814); Baden (1785, 1815); Berna (1745, 1782); Dantzig (1763); Francia (1727, 1737, 1744, 1745, 1795); Flandes (1738); Frankfurt (1812); Alemania (1737, 1743, 1764, 1789, 1801); Italia (1824); Malta (1740, 1741); Milán (1814); Módena (1824); Nápoles (1748, 1751, 1754, 1775, 1781); Holanda (1727, 1735, 1737, 1738); Polonia (1739, 1821); Portugal (1740, 1742, 1743, 1821); Prusia (1798); Rusia (1731, 1763, 1797, 1801, 1821); Cerdeña (1788, 1794, 1803, 1814); Suecia (1738, 1743, 1745, 1748, 1770); España (1740, 1751, 1813, 1814, 1815, 1823, 1828); Turquía (1748, 1751); Hungría (1760); Wurtemberg (1813); Venecia (1875). Conf. *Acta Latomorum, ou Chronologie de l'histoire de la Franc-Maçonnerie*, París, 1815, vol. I & II.

(2) *L'Acacia massonica*, 1948, p. 181; A. PONTEVIA, *Cattolicissimo e massoneria*, Roma, 1945, p. 69; V. FRANCIA, *La massoneria nel pensiero di un filosofo cristiano della fine del Settecento*, Napoli, 1945, p. 26.

(3) Cit. en *La Franc-maçonnerie soumise au grand jour de la publicité à l'aide de documents authentiques*, Gante, 1866, t. I, p. 316.

de los numerosos males que en su tiempo afligían a la Iglesia; así lo expresa en su encíclica *Mirari vos* del 15 de agosto del 1832. A este pontificado pertenecen algunas *Istruzioni e Responsi* del Santo Oficio, respecto de las condiciones exigidas para absolver de la excomunión, la sepultura eclesiástica de los masones y el deber de admonición a los fieles (4).

El pontificado de Pío IX (1846-1878)

A Pío IX estaba reservado el sostener el primer ataque masivo frontal de las sociedades secretas: "Nadie de vosotros ignora — escribía en la encíclica *Qui pluribus* (9-XI-1846) — cuán acerba y terrible lucha en esta nuestra edad, contra la Iglesia, mueven los hombres reunidos entre sí, en impía unión, que no pueden sufrir la sana doctrina, despreciadores de la verdad... Entre los cuales vienen comprendidas las sectas secretas, emergidas de las tinieblas para subvertir a la Iglesia y al Estado". Personalmente el santo Pontífice tuvo que rechazar en su alocución *Quibus quantisque* (20-IV-1849), la calumniosa especie de su juvenil pertenencia a la masonería (5). En la alocución *Singulari quadam* (9-XII-1854), desenmascaraba el designio masónico de "exterminar, si fuera posible, todo culto religioso" y en la *Ad gravissimum* (20-VI-1859), afirmó en el consistorio que "la lucha contra el poder temporal se proponía sólo conculcar la dignidad y la majestad del Romano Pontífice y de la Sede Apostólica... para mejor atacar a nuestra santa religión, combatirla inicuaemente, y, si fuera posible, subvertirla hasta sus cimientos".

En 9-II-1875, en carta al emperador del Brasil y en 29-IV-1876, por la epístola *Exortae*, a todo aquel episcopado, ponía sobre aviso de la audacia de los elementos masónicos, que aun mezclándose con las mismas cofradías, pretenden persuadir que no les alcanza la excomunión a ellos que sólo pretenden el progreso y el ejercicio de la mutua beneficencia.

Condenaciones más generales son las contenidas en el *Syllabus* (1864), la alocución *Multiplices inter* (25-IX-1865), la constitución *Apostolicae Sedis* (12-X-1869), que refunde toda la materia de censuras, y, finalmente, la encíclica *Etsi multa* (21-XI-1893). Para desterrar toda duda artificiosa, Pío IX declaró varias veces, que las penas conminadas con-

tra la masonería eran válidas, también para los fieles de rito oriental, en cuyos países las autoridades civiles no habían permitido la publicación de los decretos pontificios (6).

León XIII (1878-1903)

Dice el P. Caprile: "Pío IX dejó a su sucesor una pesada herencia" y aduce numerosas y minuciosas citas de documentos que pueden verse en el ya citado número de *La Civiltà*, pp. 173-174. Con la brecha de la Puerta Pia, pareció haberse soltado la represa a la insolencia de la masonería, que, especialmente en Italia, pudo contar estos años como los de su mayor predominio. Insistentemente, en sus discursos a los peregrinos y alocuciones a los cardenales, León XIII vuelve sobre la violencia infligida a la Santa Sede con la expoliación del 1870, demostrando como esto corresponda o por lo menos favorezca los designios de la secta para humillar a la Iglesia y a la religión. Otras veces, se ve constreñido a protestar, por las ofensas que se multiplican especialmente en Roma, como por ejemplo, la tentativa de querer arrojar al Tíber el cadáver de Pío IX; las solemnes celebraciones del 20 de septiembre y las Vísperas sicilianas, con tendencia manifiestamente antipapal; la exaltación de los apóstatas como Jordano Bruno y Arnaldo de Brescia y el asalto contra un grupo de peregrinos franceses. Las tentativas de introducir el divorcio y el matrimonio civil, antes que el religioso; la supresión del catecismo en las escuelas primarias y la laiciación de la enseñanza y de la beneficencia... todo ello movía al Papa a señalar a los fieles la inspiración masónica y desenmascarar a los verdaderos enemigos de la religión y de la patria.

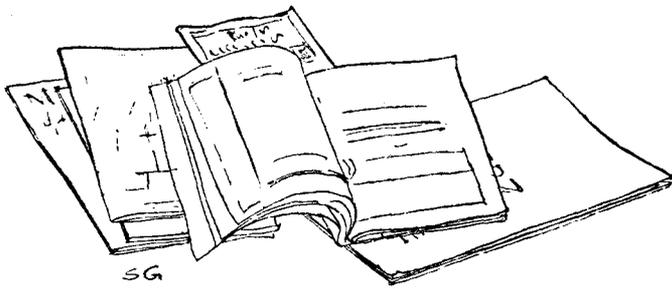
La encíclica «Humanum Genus»

Entre tantas insidias, decía el Papa, "cumple a los católicos el permanecer fieles a sus principios y el oponer, disciplinados y concordes, a la audacia de las sectas, toda la resistencia de que son capaces (Aloc. *Augurio più bello*, del 23 de diciembre de 1890). A dicho propósito había sugerido las armas más aptas en el plano doctrinal y en el de la acción. La encíclica *Humanum genus* (20-IV-1884), quedará como uno de los documentos más importantes de su pontificado. Partiendo de la eterna lucha entre el bien y el mal, que divide en dos campos al género humano, el Papa debe reconocer que en su tiempo los enemigos de Dios se habían agrupado, especialmente, en torno a la secta masónica. A los múltiples reclamos de sus predecesores, a los numerosos documentos, en los cuales él mismo había expuesto "ya una, ya otra de aquellas capitales doctrinas, en las cuales el veneno de los errores masónicos parecía estar más íntimamente penetrado", él juzga estar obligado a añadir este otro documento para dejar patente a la masonería "en el conjunto de sus doctrinas, de sus fines, de sus tendencias y de sus obras." Fin último de la secta

(4) Resp. del S. O.: 5-VII-1837; 27-VI-1938 y 5-XII-1840. Instrucción a los obispos irlandeses, 2-VII-1845.

(5) No obstante la refutación hecha por escritores católicos y de la misma prensa masónica (*Rivista della massoneria italiana*, 1885, pp. 267-269) la impostura viene de cuando en cuando siendo aducida. Así en *Fratellanza brucia*, editada por el Oriente de Catanzaro, 1948, pp. 20-21 y en el opúsculo *La Massoneria rivelata agli italiani*, Milán, 1946, p. 58. A este propósito escribe Peleazar que esa voz "fue propalada en 1865 por la logia masónica, afirmando que en 1821 él (el Papa) se había inscrito en América, en la logia de Filadelfia, alcanzando el grado de maestro, interviniendo en algunas sesiones con acalorados discursos. Habiéndose repetido en muchos periódicos, el *Monde maçonnique*, requirió un informe oficial del Gran Oriente de Pensilvania; y éste respondió que en 1819, en la logia de la Habana, se había inscrito un tal Martín Ferrety, pero que de la pretendida inscripción de Juan María Mastai Ferretti, en 1824, no se hallaban trazas. A pesar de lo cual, la revista masónica *New Age*, de Washington, en el número de enero de 1903, volvía a publicar que Benedito XIV y Pío IX habían pertenecido a la secta". (*Pío IX e il suo pontificato*, vol. III, Turin, 1914, p. 331, núm. 4.)

(6) Circular de *Propaganda Fide* a los obispos orientales (24-IX-1867); encíclica *Quanta cura* (8-XII-1864).



NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Reproducimos íntegramente de la revista *Catolicismo, de Campos (Brasil)*, el siguiente artículo, que publica en su número de diciembre (1958) — último recibido —. Nos complacemos en expresar de nuevo nuestra entusiasta comunión de ideales con la prestigiosa revista brasileña.

En febrero del corriente año (1958) falleció en Barcelona un insigne sacerdote jesuita, cuya influencia se proyectó mucho más allá de la ciudad en que desarrolló su acción y en la que exhaló su último aliento. Se trata del reverendísimo Padre Ramón Orlandis, discípulo del célebre propugnador esforzado del Apostolado de la Oración, Padre Ramière.

Reuniendo en torno a sí una escogida falange de jóvenes, el P. Ramón Orlandis los fué formando espiritual e intelectualmente, según un método a la vez vivamente original y auténticamente tradicional. Al poco tiempo, el grupo se fué ampliando y estabilizando, el método se fué definiendo, los cursos se fueron sistematizando. Nació en el Apostolado de la Oración de los Padres Jesuitas de Barcelona una gran institución: SCHOLA CORDIS IESU.

Es claro que se trataba de una institución de nivel superior, pero sin intento de conferir diplomas profesio-

sionales. Su finalidad era dar formación intelectual y religiosa.

Para este fin, era admirablemente adecuado el espíritu de su fundador.

Discípulo, heredero y comentarista del gran Padre Ramière, el Padre Orlandis alcanzó aún más elevadas cimas, ya que en algunos puntos llegó a desarrollar y a profundizar de un modo propio y original la doctrina del Reinado Social de Nuestro Señor Jesucristo por medio de la devoción a su Sagrado Corazón.

Teólogo genial, el espíritu del P. Orlandis se completaba con otras dos cualidades raras: una penetración psicológica que le abría camino al conocimiento de lo que tienen de más profundo y complejo los problemas sociales y políticos de nuestros días, y un discernimiento especial de lo que es la Revolución en sus principios, en su dinamismo, en sus últimos designios y en sus mínimas manifestaciones.

De ahí su pensamiento de que nuestra época vive en el apogeo de la Revolución, y por ello la lucha del demonio contra el Reinado del Sagrado Corazón.

Estos grandes y sabios principios constituyeron la línea maestra de la formación de una brillante pléyade de intelectuales. Y el Padre Orlandis tuvo la feliz idea de editar, con el auxilio de éstos, una revista que

— continúa el Pontífice — es el destruir toda religión, para sustituirla por el naturalismo, por eso hace profesión de indiferentismo religioso, negando toda revelación, exaltando indebidamente la razón humana, ostentando una falsa tolerancia, combatiendo a la Iglesia y al papado e induciendo a menudo a renegar de las mismas verdades fundamentales. Después de haber refutado estos y otros errores, de los cuales muestra las peligrosas consecuencias, aun sociales, el escrito pontificio señala los remedios: desenmascarar la verdadera naturaleza de la secta, difundir la instrucción religiosa y las pías asociaciones, incrementar las obras sociales, empapándolas de espíritu cristiano, insistir sobre la sana educación de la juventud y, sobre todo, rogar.

La encíclica obtuvo un vastísimo eco, animando a los buenos a la lucha, mas suscitando también, las más ásperas reacciones de la masonería, que buscó el oponerle otras dos pseudo encíclicas, emanadas, respectivamente, del Gran Oriente de Italia (21-IV-1884) y del Gran Comendador de la Jurisdicción sud de los Estados Unidos, Alberto

Pike (1-VIII-1884). La primera acusaba al Pontífice de hacer objeto de los "odios feroces del mundo" a una clase de honrados ciudadanos, y esto en el momento en que la Iglesia misma "ve hundirse el terreno bajo sus pies, y cierta y justamente desconfía de su propio porvenir." (7). Pike, además, acumulando una cantidad mayor de lo acostumbrado en sus réplicas facciosas, añadía que el documento pontificio, "verdadera declaración de guerra contra el género humano", se reducía "por instigación de León XIII, del General de los jesuitas y del Inquisidor Mayor", a levantar a los católicos contra los Estados y contra las autoridades constituídas" (8).

Toda la prensa sectaria se desencadenó furiosa, buscando al atacar el documento, el atacar también la misma enseñanza pontificia, tentado cubrirlo con el ridículo, para sepultarlo en el desprecio.

JOSÉ MÚNERA, S. I.

(7) *Rivista della massoneria italiana*, 1884, pp. 129-131.

(8) *Ibid.*, pp. 289-301.

llegó después a ser conocida y acatada en todo el mundo latino: CRISTIANDAD.

El fallecimiento del ilustre sacerdote se produjo cuando su obra llegaba a su apogeo, y SCHOLA CORDIS IESU, así como CRISTIANDAD habían adquirido un admirable desarrollo, tanto en la calidad como en el aspecto cuantitativo.

Después de una interrupción, no pequeña, que es fácilmente explicable por la inmensidad del dolor que les afligió, los discípulos del Padre Orlandis vuelven al público con dos revistas al servicio de la misma tradición.

CRISTIANDAD reapareció en septiembre del corriente año (1958) en un formato algo reducido, con lo que ganó en elegancia y facilidad de manejo. Pero conservando acertadamente su bello aspecto tradicional. El primer número de esta nueva fase, dedicado todo al gran maestro e inspirador, se presenta con un brillante cuerpo de colaboradores. Entre éstos señalamos los nombres de Fernando Serrano, Francisco Canals Vidal y Jaime Bofill, que fueron siempre elementos destacados de la Revista. El Excmo. y Rdmo. Sr. Arzobispo-Obispo de Barcelona la honró con un expresivo proemio. Además de esto, el Obispo Secretario General del Episcopado Español le envió una excelente carta de aliento.

Cruzado Español es el título que adoptó la otra revista, y que tan bien define el espíritu que palpita en todas sus páginas, mejor diríamos en cada línea de sus páginas.

Se trata de una publicación quincenal de gran altura intelectual con presentación viva y variada. En su cuerpo de colaboradores figuran también nombres que fueron muy conocidos y apreciados en la revista que el Padre Orlandis fundó, como José Oriol Cuffi Canadell, autor de las magníficas crónicas internacionales, y Carlos Feliu de Travy. Se trata, en verdad, de una revista que ha nacido con un gran porvenir. Destacamos con simpatía el siguiente saludo que dirige a la prensa católica del mundo entero: *Cruzado Español* saluda a toda la prensa española y de Hispanoamérica y de un modo especial a las revistas y publicaciones católicas de España y fuera de ella. Con ello nuestro fraternal y profundo afecto a los buenos amigos de *Verve*, de la *Pensée Catholique*, de *Catolicismo* y de tantas otras publicaciones con las que nos hallamos íntimamente compenetrados y con las que queremos continuar sosteniendo un intercambio progresivo de ideas a mayor gloria de Dios y para el bien de las almas y de la sociedad.

No es posible ser católico sin admirar y amar a España. Por esto acompañamos con viva y afectuosa atención los acontecimientos de la vida religiosa de aquel país.

Señalamos con júbilo la *rentrée* brillante que en la arena del buen combate hacen los hijos y continuadores del Padre Orlandis, y a través de él, del Padre Ra-

mière, en dos pléyades cuyos miembros ya tienen tras sí una larga hoja de servicios a la Iglesia, y que en sus respectivos puestos podrán servirla todavía más.

A unos y a otros, *Catolicismo* saluda con fraternal amistad, rogando que los auxilie la protección del Inmaculado Corazón de María.

Recherches bibliques. Publiées sous le patronage du Colloquium Biblicum Lovaniense. Tomo II, *La formation des evangiles.* Brujas, 1957. Desclee de Brouwer.

El libro contiene las comunicaciones presentadas por los eminentes profesores que tomaron parte en la Semana Bíblica de Lovaina el año 1955.

El tema principal del "colloquium" fue: "La formación de los Evangelios. Problema synóptico y la historia de la formación de los evangelios".

Basta fijarse en los autores de los trabajos y los temas para comprender la importancia del contenido del libro: J. Heuschen, profesor del Seminario de Lieja. La formación de los Evangelios, L. Cerfaux, profesor de la Universidad de Lovaina. Las unidades literarias anteriores a los tres primeros evangelios, J. Levie, S. J., profesor de Teología de Egenhoven-Lovaina. Crítica literaria evangélica y el evangelio arameo de S. Mateo, J. Doeve, Holwierde (Países Bajos). El papel de la tradición en la composición de los evangelios synópticos, X. León-Dufour, S. J., profesor de la Facultad de Teología de Lyon-Fourviere. El episodio del niño epiléptico, N. van Bohemen, O. F. M., profesor de Teología de Weert (Países Bajos). La institución y la misión de los doce, A. Descamps, profesor de la Universidad de Lovaina. Del discurso de Marc. IX, 33 a las parábolas de Jesús, W. C. van Innik, profesor de la Universidad de Utrecht. El uso de la palabra "sotsain" (salvar) y sus derivados en los evangelios synópticos, J. Cambier, S. D. B., profesor del Escolasticado de los Padres Salesianos de Heverle. Historia de los Evangelios Synópticos y la historia de su formación, Mgr. Bruno de Solages, Rector del Instituto Católico de Toulouse. Nota acerca de la utilización del análisis combinado para la solución del problema synóptico, B. Rigaux, O. F. M., profesor del Escolasticado de Woluwe, St. Etienne. Conclusiones. Aspecto práctico de las discusiones acerca del problema synóptico.

Estos trabajos pretenden esclarecer los orígenes de los Evangelios. Para ello utilizan la crítica textual, la interpretación gramatical y lexicográfica, la crítica literaria.

Los resultados de estos estudios no aportan conclusiones definitivas, son caminos, esbozan soluciones que orientan a los futuros investigadores hacia una mejor inteligencia del problema.

El P. Rigaux, al final del libro hace una síntesis y crítica de los trabajos presentados. De interés, aun para los profanos es lo que dice al comentar el estudio

hecho por W. C. van Unnik sobre el uso de la palabra "sotsain" (salvar): los diversos usos de esta palabra y otras similares nos demuestra que los evangelios usaban un vocabulario anterior al año 50.

CASIMIRO PUIG, S. I.

Iniciación teológica, por un grupo de teólogos. Editorial Herder, Barcelona, 1957. Tomo I.

Esta obra pertenece a la "Biblioteca Teológica Herder", y constituye el volumen 13 de la "Sección de Teología y Filosofía", está escrita pensando en:

1) Los seminaristas y jóvenes religiosos "escolásticos".

2) Las religiosas.

3) Los seglares.

Para los primeros constituye "un manual que se esfuerza por resumir la teología y dar clara y suscitadamente en una serie de tesis, probadas ya de antemano, las conclusiones teológicas que se deben retener".

Por lo que se refiere a las religiosas viene a llenar el vacío que en materia teológica se experimenta respecto a la elevación de cultura que ha traído la introducción de la mujer en toda clase de estudios. La carencia de textos adecuados de materia teológica resulta tanto más grave para las religiosas — lo mismo activas que contemplativas — por las concesiones que sus Estatutos les han concedido últimamente en favor de su dedicación a la enseñanza, educación, asistencia social, etc.

Y con respecto a los seglares es patente la necesidad que tienen de alcanzar un nivel de cultura religiosa superior al del catecismo que bastaba en otro tiempo. Este tratado de Teología llena también las exigencias crecientes de los que no soportan quedarse al margen de la cultura católica, ni que ésta sea privilegio exclusivo de los clérigos.

Esto solo basta para indicar el amplísimo sector a quienes la lectura de esta obra pondrá en situación ventajosa al tener a su alcance y tan hábilmente dis-

puestos los conocimientos sobre Teología, actualmente tan necesarios.

Consta este Tomo I de dos libros: el I se titula *Las fuentes de la Teología*, y el II, *Dios y su creación*.

Además de los índices correspondientes — analítico, escriturístico, etc. — tiene este volumen tres cuadros sinópticos de las Iglesias herederas de las Sedes Patriarcales y varios apéndices tan interesantes como el cuadro cronológico que presenta los hechos simultáneos de la Historia Sagrada constituyendo los jalones de la Historia Universal desde el año 1900 antes de Jesucristo — Abraham y Hammurabi — hasta el año 1953; la recopilación de los Centros de Cultura Teológica, etc.

S. L. M.

Arte en provincia, E. N. I. T.

El E. N. I. T. (Organismo Oficial de Estado Italiano para el Turismo) acaba de realizar uno de sus nuevos alardes tipográficos. Son conocidas de todos sus publicaciones, indispensables no sólo para el viajero, sino para todo el que quiera formarse una idea cabal de las riquezas — humanas, económicas y artísticas — de Italia.

Entre los éxitos alcanzados por las publicaciones del E. N. I. T., no es el menor su declaración de oficialidad, al ver recomendadas por el Ministerio de Educación para la preparación de uno de los temas del Curso Preuniversitario. Entre las cuidadas y sabias publicaciones de esta entidad, que desarrolla en nuestro país su fecundísima labor desde su despacho de Barcelona, regentado por el doctor Picella, es menester destacar la última publicación que ha llegado a nuestras manos.

Arte en provincia consta de tres volúmenes, uno dedicado a la Italia del Norte, otro a la Italia central y el tercero a la Italia meridional e insular, en los cuales se reseñan todas las obras de arte que se hallan en poblaciones italianas que no son cabeza de partido. El estudio es eruditísimo; pero a darle más realce contribuyen las magníficas láminas en color que lo ilustran.

F. S. M.

CRISTIANDAD

Administración:

Diputación, 302, 2.º, 1.ª - Teléfono 22 24 46

BARCELONA (España)

NOTA DE LA DIRECCION

CRISTIANDAD se reserva el derecho de publicar o no los originales que puedan serle remitidos, que *en ningún* caso se compromete a devolver. Prohibida la reproducción de sus artículos, total o parcial, así como de grabados originales de CRISTIANDAD, sin indicar su procedencia.

Precio de este ejemplar 12 ptas.

» **suscripción anual (incluido índice) 150** »